

Las derivas yugoslavas y sus ecos cercanos

Martín Alonso¹

Índice

Introducción	3
1. El escenario y los actores	4
1.1. Condiciones	4
1.2. Los actores	9
2. Los contenidos del programa	10
2.1. La emancipación cambia de Norte	10
2.2. Del teatro de odios a los fantasmas balcánicos	12
2.3. Un concierto de negaciones	15
2.4. Pueblos alucinados, delirios exterminadores	16
3. Redes y círculos del negacionismo nacional-izquierdista	18
3.1. Collon y el etnorradicalismo abertzale	18
3.2. Revisionismo de izquierdas	21
3.3. Las credenciales de la contrainformación	23
3.4. Doble rasero y convergencias extrañas	25
Conclusiones	28
Bibliografía	30

Martín Alonso Zarza es profesor de instituto, es doctor en Ciencias Políticas y licenciado en Sociología, Filosofía y Psicología. Sus intereses y publicaciones versan sobre los nacionalismos, los usos de la Historia, los conflictos en los Balcanes y la violencia política. Es autor del libro *Universales del odio. Creencias, emociones y violencia* (Bilbao, Bakeaz, 2004) y de los Cuadernos Bakeaz *Bosnia, la agonía de una esperanza* (Bilbao, Bakeaz, 1995), *Relatos exclusivos, políticas excluyentes. El patrón de Oriente Próximo* (Bilbao, Bakeaz, 2006) y *¿Sifones o vasos comunicantes? La problemática empresa de negar legitimidad a la violencia desde la aserción del «conflicto» vasco* (Bilbao, Bakeaz, 2007), *La razón desposeída de la víctima. La violencia en el País Vasco al hilo de Jean Améry*. (Bilbao, Bakeaz, 2009). Otras publicaciones: «El síndrome de Al-Andalus. Relatos de expoliación y violencia política», en J. Casquete (ed.). *Comunidades de muerte*, Barcelona, Anthropos 2009, «El nacionalismo en el cono de sombra», *Crítica* 961, mayo-junio 2009, «El santuario invisible de ETA», *Cuadernos de Alzate* 41, 2009, «Abdicación de la conciencia. La izquierda ante la violencia», en colaboración con F. Javier Merino Pacheco. *Revista Papeles*. CIP. 109, mayo 2010.

¹ Ponencia presentada en el II Encuentro sobre Memoria y Víctimas del Terrorismo, organizado por Bakeaz, la Fundación Fernando Buesa y el Aula de Ética de la Universidad de Deusto, y celebrado en Bilbao los días 30 de septiembre y 1 de octubre del 2010. Más información en <<http://www.escueladepaz.org>>.

Volver sobre los acontecimientos que se sucedieron en la antigua Yugoslavia en la última década del siglo pasado tiene interés en sí mismo, en razón de las terribles violaciones de derechos humanos que los acompañaron. Pero importa, adicionalmente, por cuanto los procesos que allí se dieron cita, lejos de ser un endemismo asociado a ese término devenido malsonante que son los Balcanes, constituye un ejemplo paradigmático, si bien extremo, de las consecuencias derivadas de la activación de programas de tracción identitaria. Y tiene interés, en tercer término, porque las posiciones de los actores principales durante las guerras han servido como una suerte de marcador ideológico de las orientaciones y desorientaciones de ciertos sectores de la izquierda y de los movimientos sociales, un asunto que guarda relación directa con el tema de este encuentro.

La caída del Muro, con la del Estado soviético, o la desmembración de Yugoslavia, además del fracaso del comunismo, reproducen, setenta años después, otro fracaso, el de la convivencia de pueblos distintos por la capacidad destructiva de los nacionalismos.

José Ramón Recalde (*Fe de vida*, 2004: 245)

El problema principal de la oposición intelectual en Serbia es que cuando tuvo que elegir entre democracia y etnonacionalismo, optó por lo segundo.

S. Malesevic (*Nations and Nationalism*, 2003: 638)

El soldado Aleksandar, de diecinueve años, encontró en un subterráneo a un hombre clavado a una mesa y a una niña degollada cuyos ojos estaban en el interior de un vaso: luego enloqueció. Después de ver estas cosas las tropas federales desalojaron Vukovar en silencio y regresaron a Belgrado de noche, casi a escondidas, al igual que enterraron a los muertos a hurtadillas, sin advertir a las familias

G. De Luna (2007: 335)

Este sigue siendo el problema de Serbia en la actualidad: ningún exorcista puede salvar a una nación en estado de negación.

Jasmina Tesanovic (*Who is afraid of Dragan Dabic?*, 5-3-2010)

Introducción

Si volvemos la mirada al contexto internacional de mediados de los años ochenta, marcado por la bipolarización de la *guerra fría*, Yugoslavia se encuentra en una posición ventajosa respecto a sus vecinos del Pacto de Varsovia para una transición suave hacia el pluralismo democrático y su integración en las instituciones europeas. A pesar de los signos de agotamiento del 'socialismo autogestionario', la República Socialista Federal aparece como el estado más libre y liberal entre los países de régimen comunista (*Human Rights Watch World Report* 1990). Visto desde dentro, una encuesta realizada en otoño de 1990 en el conjunto del país revelaba que el 61% de la población se mostraba totalmente en desacuerdo con la idea de que las naciones de la República formaran sus propios Estados (Mueller, 2000: 46). Sin embargo, año y medio después, la segunda Yugoslavia dejó de existir. Lo destacable, con todo, es que la desintegración vino acompañada de una ola de devastación que Europa no conocía desde la barbarie nacionalsocialista así como la rapidez del proceso. Para no abrumar con cifras, limitaré el impacto de la devastación sobre la población civil a dos episodios, los 1.260 días del cerco de Sarajevo y el genocidio de Srebrenica —así calificado por el Tribunal Internacional de Justicia en febrero de 2007—, donde más de 8.000 civiles bosnios fueron masacrados por las tropas del general Mladic, que ofrecía la toma de la ciudad al pueblo serbio como «la revancha contra los turcos». Marek Edelman, un superviviente del gueto de Varsovia muerto el año pasado describió lo ocurrido en Srebrenica como una «victoria póstuma de Hitler». (Valga la referencia para recordar la primera edición de estos encuentros sobre Memoria y víctimas).

Recordemos los trazos gruesos del proceso: entre 1991 y 1995 se producen las guerras en Eslovenia, Croacia y Bosnia, con las independencias respectivas, y la independencia pacífica de Macedonia (1993), un ciclo que se cierra con los acuerdos de Dayton (1995), un ejemplo de lo que A. Margalit

denomina «compromisos podridos (viciosos)», por cuanto convalidan sustancialmente los resultados militares, por un lado, y realzan la figura del principal responsable de lo ocurrido, por otro. En 1998-99 tiene lugar la guerra de Kosovo, que concluye con una intervención de la OTAN, al margen de Naciones Unidas, y la independencia de facto de la hasta entonces provincia autónoma. La tercera Yugoslavia reducida a Serbia y Montenegro desaparece a su vez por la independencia de Montenegro en 2006. El hombre fuerte de Serbia desde mediados de los años ochenta, S. Milosevic, pierde el poder en octubre de 2000 y es entregado al Tribunal de La Haya en junio del año siguiente; allí muere (2006) antes de que concluya el proceso. El croata F. Tudjman, revisionista y cooperador de Milosevic en la orgía violenta, y el bosniaco A. Izetbegovic, cofirmantes de Dayton, también han muerto. El principal colaborador de Milosevic en Bosnia, R. Karadzic, está siendo encausado por ese mismo Tribunal mientras que el responsable militar, R. Mladic sigue prófugo gracias a las complicidades del ejército, de los servicios secretos y de los sectores ultranacionalistas. La tragedia yugoslava parece ya lejana en el tiempo pero resulta bien actual por dos realidades complementarias. En primer y principal lugar, por la presencia masiva de las víctimas: muertos, heridos, mujeres violadas, desplazados, supervivientes del horror, personas a quienes se les ha amputado sus seres queridos... Por otro, la presencia paralela de una actitud negacionista o revisionista, exacerbada en ocasiones por la crueldad simbólica de la exaltación y enaltecimiento de los criminales.

Mi intervención, más orientada a explicar el recurso a la violencia que al proceso de desintegración, pone el énfasis en la lucha de poder entre las elites en contexto de incertidumbre y parte de dos premisas. La primera se refiere a la primacía de las razones endógenas, la segunda al protagonismo de Serbia, que justifico en virtud de dos variables asociadas: la predominancia de esta afiliación en el partido único y en el ejército, de un lado, y en la creencia internacional que aceptó durante un tiempo la versión de Milosevic según la cual su principal interés era mantener la integridad y la estabilidad de Yugoslavia; una tesis que confluye en sus consecuencias prácticas con la visión de sectores de la izquierda que consideraban a Milosevic como un genuino representante del socialismo (un aspecto que conviene subrayar para el tema de este encuentro). A ellas debo añadir una precisión: cuando me refiero a Serbia lo hago al régimen, dejando fuera a los sectores de la sociedad civil que desde el comienzo se han opuesto a sus execrables políticas.

1. El escenario y los actores

1.1. Condiciones

Las variables contextuales a las que se ha asignado mayor peso son las divisorias étnicas, la crisis económica, los arreglos constitucionales y la cultura política. El efecto principal de estas variables es, con todo, indirecto resultando su impacto mediatizado por procesos como las formas de movilización y las estrategias de los actores.

La idea de que la homogeneidad étnica ofrece considerables ventajas para la transición al liberalismo es comúnmente aceptada. Yugoslavia presentaba, como muchos países de Europa Central y Oriental, notables discontinuidades demográficas y muy excepcionalmente los límites de las etnias coincidían con los de las unidades políticas. El mosaico étnico se completa con un segundo confesional y un tercero lingüístico (véase el cuadro 1).

Cuadro 1. Categorías étnicas, confesionales y lingüísticas en la antigua Yugoslavia

Antigua Yugoslavia

Población: 23.529.000; Serbios: 36,2%; Croatas: 19,6%; Musulmanes: 9,8%; Albaneses: 9,1%; Eslovenos: 7,3%; Macedonios: 5,6%; Yugoslavos: 2,9%; Montenegrinos: 2,2%; Húngaros: 1,4%; Otros: 5,9%.

Serbia (excluidos Kosovo y Voivodina)

Población: 5.824.000; Serbios: 87,3%; Musulmanes: 3%; Yugoslavos: 2,5%; Albaneses: 1,5%; Zíngaros: 1,2%; Otros: 4,7%.

Kosovo

Población 1.955.000; Albaneses: 85%; Serbios: 10%; Otros: 5%.

Voivodina

Población: 2.013.000; Serbios: 57,3%; Húngaros: 16,9%; Yugoslavos: 8,4%; Croatas: 3,7%; Eslovacos: 3,2%; Montenegrinos: 2,2%; Rumanos: 1,9%; Zíngaros: 1,2%; Otros: 5,2%.

Montenegro

Población: 615.000; Montenegrinos: 61,8%; Musulmanes: 14,6%; Serbios: 9,3%; Albaneses: 6,6%; Yugoslavos: 4,2%; Otros: 3,5%.

Croacia

Población: 4.760.000; Croatas 77,9%; Serbios: 12,2%; Yugoslavos: 2,2%; Otros: 7,7%.

Bosnia-Herzegovina

Población: 4.365.000; Musulmanes: 43,7%; Serbios: 31,4%; Croatas: 17,3%; Yugoslavos: 5,5%; Otros: 2,1%.

Eslovenia

Población: 1.963.000; Eslovenos: 87,6%; Croatas: 2,7%; Serbios: 2,4%; Musulmanes: 1,4%; Otros: 5,9%.

Macedonia

Población: 2.034.000; Macedonios: 64,6%; Albaneses: 21%; Turcos: 4,8%; Zíngaros: 2,7%; Serbios: 2,2%; Otros: 4,7%.

■ Categorías confesionales

Ortodoxos: 45,4% (serbios, montenegrinos y macedonios, principalmente).

Católicos: 30,8% (croatas y eslovenos, principalmente).

Musulmanes: 17% (categoría integrada por dos grupos: eslavos islamizados --bosnios-- y no eslavos: albaneses y turcos).

■ Categorías lingüísticas

La antigua Yugoslavia contaba con las siguientes lenguas oficiales: **Esloveno, Serbocroata** (con una variante cirílica y otra latina, hablado en Serbia, Croacia, Bosnia-Herzegovina y Montenegro), **Macedonio, Albanés y Húngaro**.

Nota: Hay que señalar dos particularidades: 1) El censo ofrecía la posibilidad de definirse como 'yugoslavo', 2) Los albaneses de Kosovo boicotearon el censo, por lo que las cifras ofrecidas son estimaciones.

Fuente: Censo de 1981 y elaboración personal.

Las tres categorías no son (eran) ni rígidas ni coextensivas; la saliencia de una u otra ha sido consecuencia más que causa de los conflictos. En todo caso conviene relativizar el alcance explicativo de esta variable, porque, como ponen de manifiesto los estudios sobre identidad, lo que importa no es la existencia de diferencias sino la voluntad de diferenciar, de manufacturar y colocar en el primer plano «hechos diferenciales». La saliencia de ciertos rasgos es consecuencia de la activación de marcos interpretativos determinados y de las correspondientes intenciones de los actores. Es verdad que la susceptibilidad hacia los patrones de discriminación identitaria guarda relación con la estructura de oportunidad. En el caso que nos ocupa dos elementos juegan un papel determinante: la crisis económica asociada a una crisis de legitimación del sistema político, que había contribuido a su vez a una desintegración económica, y la existencia de empresarios políticos interesados en explotar estas diferencias.

En cuanto a la crisis económica, empezaré por recordar que entre las medidas aprobadas por la Asamblea Federal para situar la inflación en el 95% a finales de 1988, se encontraban la aplicación de una política monetaria restrictiva, la reducción del gasto público, la contención de los salarios, así como la liberalización de los precios y las importaciones (Santos, 1992: 31-42). La escasa implementación de estas medidas se refleja en una inflación del 251% ese año y 10 veces superior el año siguiente. El gobierno de A. Markovic emprende un nuevo programa de medidas liberalizadoras (convertibilidad del dinar, liberalización parcial de remuneraciones de trabajo, transformación de empresas públicas en mixtas, liberalización de importaciones y precios...) que a pesar de éxitos parciales no consiguen resultados porque el ámbito de aplicación (federal) para el que fueron diseñadas ha dejado virtualmente de existir (Kaldor, 1996: 50). El juego combinado de una economía de la escasez y un sistema de planificación central con amplias competencias en el nivel de las repúblicas, derivadas de las medidas descentralizadoras contenidas en la Constitución de 1974, se convirtió en una mezcla explosiva. La deuda externa alcanzó la cifra de 20.000 millones de dólares al final de la década (Samary, 1993: 66). Si, junto a estos indicadores, se tiene en cuenta que Yugoslavia era el país más expuesto a la economía global de todo el ámbito comunista se entenderá que, como reacción defensiva a la desregulación y los ajustes estructurales decididos por el gobierno federal de acuerdo con el FMI, se agudizarán las tendencias hacia la autarquía y las prácticas restrictivas entre las diferentes repúblicas y provincias autónomas, y que, consecuentemente, las elites locales recurrirán a la movilización del creciente número de desempleados y empobrecidos para extender sus áreas de influencia; el mismo caladero de que se nutren las milicias. Así la segunda fase del programa de Markovic se topó con la adopción de medidas y contramedidas unilaterales por parte de las repúblicas de Serbia, Croacia y Eslovenia. La primera aducía que no estaba dispuesta a seguir proporcionando materias primas y energía barata y recibir a cambio productos elaborados caros de las repúblicas del norte. Esta queja se encontraba parcialmente justificada en el desigual desarrollo de las repúblicas. Así considerando 100 como renta media per cápita, los valores para cada una de las unidades eran en 1986 los siguientes: Kosovo, 31; Macedonia, 66; Bosnia-Herzegovina, 74; Montenegro, 78; Serbia, 93; Voivodina, 119;

Croacia, 123; y Eslovenia, 212.² Paralela desigualdad se encuentra en las tasas de desempleo, que oscilan entre el 2% de Eslovenia y el 20% de Kosovo. Tiene razón J. Santos al señalar que esta guerra económica parecía el preludio de la guerra a secas.

Tanto las variables étnicas como las económicas cobran relieve a la luz de procesos políticos. El malestar de los años sesenta y primeros setenta (revueltas en Kosovo y Serbia en 1968, «Primavera croata» de 1971) suponía un desafío a la legitimidad del régimen. La Constitución de 1974 constituye una respuesta a aquellas reivindicaciones; otorga a las repúblicas y provincias un mayor control sobre los recursos favoreciendo una confederalización del sistema que reduce al 20% el monto correspondiente al presupuesto federal. Todas tienen ahora el mismo peso con rotación anual de la presidencia y derecho de veto. A la vez se reconoce la protección de la nacionalidad y la cultura (art. 247). A fines de la década la competencia por los recursos socava el equilibrio constitucional y trae a primer plano el problema de las fronteras (que empiezan a ser discutidas por una parte destacada de la intelligentsia serbia y croata). El escaso espacio de maniobra para los arreglos constitucionales remite a un rasgo estructural en el sentido más fuerte, la intrínseca debilidad del Estado en los sistemas de tipo soviético. Resulta paradójico a primera vista hablar de debilidad en unos regímenes que dejaron patente su vocación totalitaria. La paradoja se desvanece cuando se distingue entre estado y partido. Como certeramente observa V. Bunce (1997: 348), si las instituciones políticas que dan cuerpo al estado hubieran tenido cierta solidez no se hubieran derrumbado tan repentinamente. Era el partido y no el estado el actor político principal; el destino del segundo estaba subordinado al del primero, de manera que el final de la hegemonía del partido supuso la desaparición del estado en cuatro casos (Yugoslavia, URSS, Checoslovaquia y RDA). Una estructura institucional estatal débil, unida a la descentralización política y a la presión por recursos escasos en una economía fuertemente endeudada y con tasas de inflación de cuatro dígitos a finales de los ochenta, explica que el proceso de toma de decisiones esté sometido a imprevistos azares derivados de las coaliciones resultantes de un obligado balance de poder. Resulta ilustrativo al respecto, como indicador de la agudización de los procesos de «nacionalización», la trayectoria de las coaliciones entre repúblicas en el periodo 1960-1990. Si hasta 1980 las alianzas no siguen un patrón fijo, desde esa fecha se forman dos núcleos duros invariablemente enfrentados, constituidos por Eslovenia y Croacia de un lado, y Serbia y Montenegro de otro; las posiciones de las demás varían en función de los problemas tratados (Ramet, 1992: 281-285).

El último de los ingredientes a considerar dentro de las condiciones es el referido a la cultura política. En este punto el elemento central es el legado del comunismo. Por una parte, los sistemas de tipo soviético se emplearon a fondo contra las expresiones de la sociedad civil: el partido único era el vehículo oficial de todas las aspiraciones. En los estados postcomunistas la nación cultural sustituyó al partido como sujeto de legitimidad, con el mismo desprecio de los derechos individuales, el aumento de la discriminación contra las

²*Courrier des Pays de l'Est* 331, julio-agosto 1988.

minorías usadas a menudo como chivos expiatorios y el escaso entusiasmo por el pluralismo asociativo. El rechazo de la política y lo político, consecuencia del distanciamiento ciudadano de los aparatos comunistas, hizo ver en la nueva etapa la participación colectiva como algo negativo. De este modo los sentimientos premodernos no encontraron el cauce adecuado hacia el patriotismo de estado y la solidaridad de una ciudadanía común (Nodia, 1996). Otros aspectos continuistas igualmente disfuncionales en el momento de la transición pueden rastrearse en las concepciones esencialistas de la política, la búsqueda de «enemigos» y el recurso a las teorías conspiratorias. En el caso yugoslavo, a este doble legado del comunismo se une un tercer ángulo. Yugoslavia se separó pronto de la órbita soviética y, por paradójico que parezca, plantar cara a Moscú llegó a cobrar tanta importancia en la retórica política como la victoria sobre el fascismo en la Segunda Guerra Mundial. Naturalmente esta legitimidad reactiva asociada con el valor geoestratégico del país para Occidente durante los años de la guerra fría, desaparece con la caída del comunismo (Sekulic, 1997).

La pérdida del enemigo externo y la crisis del comunismo abren el camino a los nacionalismos étnicos. Las rivalidades nacionales penetran como cuñas en las grietas de legitimidad del régimen y lo hacen estallar (Levi, 1990: 28). Esto fue posible porque los dos últimos elementos de sostén, el partido y el ejército distaban de mantenerse por encima de los particularismos. Ello se explica en parte por una sobrerrepresentación de los nacionales serbios en las altas esferas del partido y a su vez la alta penetración de éste por la cúpula militar (véase el cuadro 2). Correlativamente, el ejército había experimentado un proceso de serbianización combinando la retórica partisana con los mitos étnicos serbios (Gow, 1992).

Cuadro 2. Distribución por nacionalidad de altos cargos

Grupo étnico	% de población (1981)	% órganos federales de la administración (1969)	% delegados al Congreso (1989)	% miembros del Partido en el Ejército (1989)
Serbios	36,3	39,4	54,00	52,07
Croatas	19,7	19,1	12,67	13,40
Musulmanes	8,9	5,1	4,00	5,54
Eslovenos	7,8	10,0	5,33	1,98
Albaneses	7,7	0,8	1,33	0,70
Macedonios	6,0	7,8	4,67	6,37
Montenegrinos	2,6	15,1	5,33	5,83
Húngaros	1,0	0,2	0,67	0,72
Otros	9,1	2,5	0,67*	11,94*

* Rumanos.

Fuente: Ramet, 1992: 37.

1.2. Los actores

La debilidad de la sociedad civil, característica de los sistemas de partido único —en su informe de 1990 *Human Rights Watch* señala que Yugoslavia es el país con más presos políticos de Europa con la excepción de Turquía— otorga un mayor relieve a la conducta de las elites. Recordemos que la coalición negativa construida en torno a Milosevic reunía a sectores importantes del aparato del partido único (comunistas), del ejército, del nacionalismo de derecha y de extrema derecha, la Iglesia ortodoxa y un sector influyente de intelectuales aglutinados en torno a la Academia Serbia de las Ciencias y las Artes (SANU). Voy a tratar en primer lugar de este último sector y del modo en que contribuyó a los procesos que desencadenaron la violencia, precisamente por su peso en el segundo, las elites políticas.

La influencia de estos intelectuales deriva de que suministran los marcos interpretativos para la conceptualización de problemas, enemigos y autoridades. Tal influencia ha sido enorme en Serbia en los momentos críticos que trato. El más eximio representante de esta intelligentsia desestabilizadora es el filósofo y novelista D. Cosic. Considerado «padre de la patria» y mentor espiritual de Milosevic —secundado luego por el marxista disidente, fundador de *Praxis* y de la Escuela de Korkula, propulsora de una lectura humanista de Marx, Mihailo Markovic— ha sido el autor con más libros vendidos durante años, el inspirador del *Memorandum* (1986) de la Academia Serbia, verdadero manifiesto del nacionalismo serbio del que enseguida se apropiaría Milosevic. Sus escritos vehiculan recurrentemente el mismo núcleo temático: los derechos históricos de los serbios (por encima de la sanción democrática), pueblo elegido, victimismo, etnicismo, obsesión por las fronteras, culpabilidad externa (centralidad de enemigos y *scapegoats*, etc.). Como ilustración fehaciente de la interconexión entre el nacionalismo como discurso y como programa pueden citarse varios hechos; Cosic alcanzó la presidencia federal entre junio del 92 y mayo del 93, en que debió abandonarla por una maniobra palaciega de Milosevic no acostumbrado a compartir influencia. Su prestigio fue decisivo para el resultado del referéndum de 1990 cuando, frente a la oposición democrática que pedía elecciones libres previas para formar una asamblea constituyente, el autor de *Yugoslavia y la cuestión serbia* apoyó la tesis de Milosevic que sostenía que correspondía la redacción de la Constitución al poder en ejercicio; el triunfo de esta segunda opción no es ajeno a que la Carta Magna atribuyera poderes de soberano e incluso de dictador al presidente, lo que a su vez no es ajeno a los desarrollos ulteriores (Popov, 1994: 51). El opositor B. Bogdanovic, ex alcalde del Belgrado, ve a Cosic como el «principal responsable del drama serbio. El ha embrujado a esta nación... Ha tenido mucho éxito porque durante cincuenta años hemos omitido nuestra historia real y, dado que no existía una historia verídica, la gente leía novelas históricas y en ellas aprendía el patriotismo» (en Grmek et al., 1993: 340). Como ha señalado V. Tishkov (1996: 37), la existencia de injusticias reales o imaginarias difundidas por textos literarios es un potente instrumento movilizador de las emociones y un factor condicionante de la transición del etnonacionalismo *blando* al *duro*. El imperativo de homogeneidad étnica se desparrama sobre el tejido social de la propia mayoría nacional y socava el despliegue del pluralismo dentro de ella. Si Cosic representa la labor inflamatoria de la

intelligentsia, Milosevic es el artífice de la coalición autoritaria, y el principal responsable de la política de destrucción en la región.

El líder del Partido Socialista Serbio —el nuevo rótulo de la Liga Comunista Serbia— descubre un reservorio de apoyo popular en un mitin en Kosovo en 1987 (Ramet, 1992: 225.238). El es el instigador de la abolición de la autonomía de Kosovo y Voivodina en la Constitución de 1990, un año en el que la policía serbia mató a más de cincuenta albaneses en el curso de las manifestaciones de protesta por esa y otras medidas (*HRW World Report, 1990 –Yugoslavia*). Si los ideólogos nacionalistas disponían de un margen de maniobra para seleccionar unos contenidos u otros, una vez que estos entraron a formar parte del universo simbólico, las elites políticas en la crisis de legitimación en curso optaron por el programa por defecto del etnonacionalismo y la demagogia populista. El *Informe* de la Comisión Internacional sobre los Balcanes, reconoce expresamente la vinculación de Milosevic con los programas de Cosic y la Academia Serbia por una parte, y su protagonismo tanto en el desencadenamiento de la guerra como en el mantenimiento de un régimen autoritario, por otra (Tindermans et al., 1996: 25-28).

A su vez, la movilización bélica, le ofrecía la posibilidad de proceder a la simplificación maniquea de los temas, marginar a los representantes de los grupos de interés y acorazarse en el nacionalismo. En consecuencia, y a pesar de las elecciones, el Estado serbio resultante es, según Mastnak (1996: 94), un «constructo racial incompatible con la esencia de la ciudadanía. En Serbia hoy, no hay igualdad ante la ley... no hay monopolio de los medios y uso de la violencia... El régimen serbio es un régimen fascista de nuevo tipo, un no-estado». Los elementos autoritarios del sistema han sido reforzados por la manipulación del conflicto de Kosovo. Todos los partidos serbios, a excepción de los muy minoritarios Partido Demócrata y Alianza Cívica, apoyaron el referéndum sobre la mediación internacional en abril de 1998, mayoritariamente rechazada como cabía esperar. En definitiva, la hipótesis de que Milosevic y la coalición que le apoya han estimulado los conflictos étnicos (enemigo exterior) para coartar la competencia política (enemigo interior), presenta notables visos de plausibilidad (Matic, 1998: 16).

2. Los contenidos del programa

2.1. La emancipación cambia de Norte

El fresco lúgubre del *Mefisto* de Klaus Mann incluye al personaje del Dr. Ihrig, el mandarín rojo que había llegado a ser una autoridad en la visión marxista del arte como redactor jefe de una revista influyente. Cuando los nacionalsocialistas tomaron el poder, dejó el puesto alegando la filiación judía de la revista, lustró sus credenciales familiares de pureza 'aria' y se comprometió a reasumir su papel de redactor pero en un severo tono nacionalsocialista. «Yo he estado siempre en contra de burgueses y demócratas», le hace decir Klaus Mann que remata así su retrato: «En verdad podía seguir hablando, como siempre, en contra del 'liberalismo reaccionario,

solo habían cambiado los signos de su convicción antiliberal». Nuestro personaje sufre una transformación similar, pero a diferencia de Ihrig, es protagonista del cambio y sigue, pese a todo, reivindicándose socialista y de izquierdas, un título que le reconocen sus apologetas externos. Esta anomalía es cabalmente parte del proceso de negación al que me referiré luego y se ha sostenido gracias a una retórica de confusión calculada construida sobre un doble lenguaje, que jugaba con los referentes 'Yugoslavia' y 'Serbia'. Hablo de doblez porque para marzo de 1991 «Milosevic ya no estaba por Yugoslavia, sino por lo que equivalía a una Gran Serbia» (Silber y Little, 1996: 144). Analistas del momento, como su biógrafo S. Djukic refieren la misma conversión étnica en los seguidores: quienes asistían a los mítines de apoyo a Milosevic «entraban como trabajadores y salían como serbios». En el curso de pocos meses, la «clase obrera yugoslava» y el «pueblo trabajador» fueron sustituidos por el «pueblo serbio», cuyo advenimiento inminente se anunciaba en dichos mítines. M. Zivotic (1994: 76), observa este mismo proceso en la *crème* de la intelectualidad que representa *Praxis*, que «de una teoría universal del hombre en una perspectiva de emancipación, se ha transformado en una teoría de emancipación nacional». La confusión de derechos nacionales y democráticos forma parte del esquema. El arte de Milosevic se pone de manifiesto en el hecho mismo de su autosucesión, un proceso de autofagia que transforma al *aparatchik* socialista en caudillo (Voivoda) etnonacionalista y profeta de la Gran Serbia.

El cambio de sujeto emancipador tiene implicaciones serias porque afecta a la gramática profunda de las relaciones sociales. Con la deriva identitaria la exclusión vertical o social deja paso a la lateral o nacional, la que más violencia ha provocado en la historia según Dahrendorf (1988: 31, 157-158), que todavía no incluía en el cálculo la contribución de los Balcanes. Este cambio en el eje de coordenadas ha penetrado sin mayor escrutinio en ciertos sectores de la izquierda y los movimientos sociales; y es responsable de esa desorientación que lleva a identificar políticas de afirmación identitaria con políticas de emancipación por el mero hecho de que se declaren antiimperialistas, anticapitalistas o reivindiquen la autodeterminación. Queda así evacuada la cuestión de la clase en beneficio de lógicas de pertenencia que en las condiciones de la guerra y el embargo condujeron a las diferentes formas de economía criminal en provecho de las elites nacionalistas, de un entorno de paramilitares, traficantes, estraperlistas y saqueadores; un capitalismo mafioso con música turbofolk. Nos encontramos con un fenómeno de vaciamiento del Estado en beneficio de milicias-escuadrones de la muerte y agencias privadas de seguridad, de las que pronto volvimos a saber y en perfecta congruencia con los dogmas de la no interferencia neoliberal.³ Es claro que a estos sectores no les interesaba un cambio de régimen hacia un sistema multipartidista responsable sino un cambio de Estado que mantuviera y aprovechara el monopolio del poder con formas de participación escasamente competitivas por el peso de los poderes fácticos (ejército, policía y aparatos de seguridad) y el control de los medios de comunicación.

³ Un informe de la ONU de 1994 enumeraba 83 organizaciones paramilitares diferentes activas en Bosnia (Doder y Branson, 1999: 117). Estas organizaciones eran la punta de lanza de los procesos de limpieza étnica; saqueaban las aldeas después de aterrorizarlas y gozaban de complicidad en las altas esferas y del apoyo del ejército.

2.2. Del teatro de odios a los fantasmas balcánicos

A pesar de su protagonismo, reducir el problema de la destrucción de Yugoslavia a Milosevic constituye una simplificación, como quedó en evidencia tras su salida del poder (recordemos el asesinato de Z. Djindjic). Milosevic supo navegar al viento de las sensibilidades creadas por sectores sociales influyentes y afianzar su poder aprovechando el marco afectivo-cognitivo dominante. Y es que el cambio de sujeto impone una remodelación completa del ecosistema de relaciones. El trueque del radiante provenir del internacionalismo proletario por el mito de origen de la Gran Serbia medieval obliga a recomponer el escenario completo y a reasignar nuevos papeles a los actores. El sujeto etnonacional adviene en un bloque retórico que afirma la incompatibilidad estructural entre los componentes de la segunda Yugoslavia. El esquema confrontacional extremo se repite hasta la saciedad en expresiones a cual más incendiaria para describir a unos «enemigos seculares» poseídos por «odios ancestrales». Me quedaré con la fórmula «teatro de odios», del influyente Cosic como prototipo.⁴ (Dejo aquí la sugerencia para indagar las afinidades con las versiones esencialistas del 'conflicto vasco'). Esta visión de la imposibilidad metafísica de una convivencia multiétnica pluralista convenía tanto a las élites antiguas, que querían perpetuarse en el poder —básicamente los sectores del aparato en Serbia y Montenegro, repúblicas donde los comunistas ganaron las primeras elecciones—, como a las nuevas que querían desalojar a las anteriores —caso del revisionista Tudjman en Croacia—. Pero eso sólo era posible si gozaban de amplio margen de maniobra para sus estrategias de movilización. Tal espacio se lo aseguraba dentro de las fronteras un control de los recursos del poder beneficiario de la tradición monopolística de la Liga Comunista Yugoslava (LCY) y una sociedad civil consecuentemente débil. Y se lo aseguraban en el plano internacional la inhibición de las grandes potencias por dos razones complementarias: la pérdida de valor estratégico de Yugoslavia tras 1989 y la difusión de un marco cognitivo que desaconsejaba la intervención de cualquier forma en ese espacio.

La construcción conceptual desmovilizadora a que me refiero es la tesis de los fantasmas balcánicos, que, al recuperar un término muy connotado incorporaba un conjunto de asociaciones de inequívoco contenido, que ya utilizara Keyserling (1929): polvorín, avispero, volcán... Y su complemento fatalista en las visiones de la vuelta, venganza o revancha de la historia. La construcción de esta imagen de los Balcanes como el otro de Europa (Occidente) replica las tesis del orientalismo (Sells, 1996: 118) y constituye un precedente de la concepción del choque de civilizaciones, formulada por cierto por el académico serbio Dusan T. Batakovic con anterioridad a Huntington (de quien no me

⁴ «Así, Yugoslavia aparece hoy como un verdadero teatro de odios y de enfrentamientos interétnicos, políticos y religiosos [...]. La polarización general y la confrontación política son por así decir cosa hecha». D. Cosic, *La Yougoslavie et la Question Serbe, L'Age d'Homme / Institut Serbe de Lausanne, Lausanne, 1992*, pg. 27. El texto es una adaptación de una conferencia impartida el 19 de enero de 1991 y publicada en *Politika* al día siguiente.

ocuparé) para hacer del conflicto interno una manifestación de una falla más honda entre cristianismo e Islam.⁵

Robert D. Kaplan se ha convertido en un personaje muy solicitado en las más altas instancias de la política norteamericana. Periodista y autor prolífico ejerce su influencia por una doble vía: la presencia regular en la TV y en los grandes medios escritos y el asesoramiento a diversos cuerpos del ejército y de los servicios de inteligencia (Ignatieff, 2002: 5). Esta influencia está directamente relacionada con la publicación de *Balkan Ghosts* (1994), convertido pronto en best-seller y libro de cabecera de altos mandatarios políticos, con Clinton a la cabeza. Kaplan es el formulador de lo que denominaré paradigma balcánico, el núcleo duro de tropos que harán fortuna en los años siguientes. Entre ellos figura el recurso a la historia como instancia de legitimación, presente en el subtítulo mismo de su obra seminal. «La política en Yugoslavia refleja perfectamente el proceso de la historia», asegura; y entiende que elemento central de ese proceso es la continuidad de los «cataclismos». A su vez estos se explican por «la naturaleza psicológicamente cerrada y tribal» de los pueblos balcánicos (1994: 8, 16). No es el lugar de detallar los pormenores de la concepción «realista trágica» de este halcón *neoon*, sólo apuntar los elementos de esencialismo fatalista referidos al «odio comunitario arraigado en la venganza» o las «batallas antiguas nunca concluidas», por no hablar de asignar a los Balcanes el alumbramiento del nazismo (27, 35, xxiii). Es comprensible la satisfacción con que los fanáticos del teatro de odios recibieron este refrito exterior de esencialismo y lamarckismo sin hacer ascos a sus premisas particularistas. Hardin (1997, 161, 177) considera por ello a Kaplan tan culpable como los más rabiosos líderes yugoslavos de haber falseado la historia y de haber contribuido al daño con sus «grotescas fantasías». La penetración de los estereotipos fue general extendiéndose a lo ancho del espectro político en esa ocurrencia extraña que son las coincidencias discrepantes. Así, el responsable de la misión en Kosovo, y apologeta de las intervenciones humanitarias, B. Kouchner declaraba su entusiasmo por que «mañana estaremos cambiando doce siglos de enfrentamientos por doce horas de votaciones» (*El País*, 22/10/2000). En todo caso la combinación de ambos estereotipos conformó una melaza retórica donde no había espacio para la lógica o el sentido común. En ella fraguaron unos cuantos lugares comunes que se convirtieron en aliados fácticos de la política criminal: despersonalización del mal (imputado a factores telúricos o fatalistas: el conflicto secular), la afirmación de la equivalencia moral de los actores, la consiguiente exigencia de equidistancia en las evaluaciones morales o, en su caso, la obligación de prolijas contextualizaciones en las que desaparecían el espacio para las víctimas; como consecuencia de todo ello la acumulación de motivos para la inmovilización de los actores internacionales que hubiera podido contener la violencia en sus fases iniciales.⁶ Y que prosiguió en un claro

⁵ «Una fuerza profunda y arrasadora de todas las perturbaciones tectónicas emergió desde los estratos soterrados bajo la ilusoria realidad comunista y la herencia de un conflicto de siglos entre diferentes naciones: un choque de dos civilizaciones, la cristiana y la islámica...». D. T. Batakovic, *The Kosovo Chronicles*, Belgrado, Plato 1992: 213.

⁶ Los testimonios que acreditan el poder desmovilizador del mito son abrumadores. El Secretario de Estado Warren Christopher dice en marzo de 1993: «Es verdaderamente un problema trágico. El odio entre los tres grupos es casi increíble. Es terrorífico y dura hace siglos... Estados Unidos no dispone de medios para que la gente del área se entienda entre

obstruccionismo al trabajo del TPI, intentando, por ejemplo, impedir la acusación de genocidio contra Milosevic, porque lo consideraban como un mediador ante los extremistas de Bosnia y Croacia (Hartmann, 2007). (La figura del compromiso podrido, de Margalit).

Quiero terminar este punto con una alusión tangencial a tres formas en que se presentan los procesos de influencia teniendo en el foco a la sociedad civil como actor principal. En el caso del etnonacionalismo serbio observamos tres procesos simultáneos inducidos desde un programa identitario: movilización, desmovilización y contramovilización. La movilización, impulsada desde el poder (Milosevic) en las concentraciones de masas de la revolución antiburocrática. En cuanto a la desmovilización, hay literatura abundante sobre el poder desmovilizador de los conflictos étnicos (Gagnon, 1996), que viene a coincidir en la idea de que «la nacionalización de la sociedad civil es una manera de suprimir la actividad cívica genuina» (Licht y Kaldor, 1992: 10). Por último la contramovilización, una figura de difícil contorno epistemológico pero de notable, me parece, capacidad explicativa. Desde siempre los regímenes autoritarios han utilizado formas de represión contra los movimientos de oposición. La contramovilización hace referencia a la organización desde la sociedad civil —con mayor o menor grado de autonomía con respecto a las fuerzas políticas— de actividades tendentes a neutralizar las iniciativas de los sectores que se oponen a las políticas autoritarias. Pondré dos ejemplos: cada 10 de julio, víspera del genocidio de Srebrenica, Mujeres de Negro y otras organizaciones hacen un acto para recordarlo en la plaza de la República de Belgrado; ese mismo día negacionistas con retratos de Mladic y Karadzic corean consignas chetnik y lanzan improperios de la peor especie contra las mujeres; tales prácticas son congruentes con la visión de ciertos intelectuales serbios para quienes los sectores pacifistas y opuestos a la guerra no son parte de la sociedad civil porque van «contra los intereses serbios» (Licht y Kaldor, 1992: 11). Este elemento —no la represión política, sino la agresiva intolerancia civil de minorías activas sostenidas en un relato sectario y que se benefician de la complicidad implícita de la mayoría inhibida, desmovilizada— pone de relieve un aspecto problemático: que ni la desaparición de Milosevic (ni la de ETA) aseguran la oxigenación democrática del espacio político subsiguiente. El tamaño y la fuerza de estos sectores inciviles de la sociedad civil constituyen un problema de primer orden para la configuración del tejido cívico-liberal de las sociedades democráticas. Y esto nos lleva sin solución de continuidad al apartado siguiente, que se ocupa de las estrategias negacionistas.

ellos» (en Gamson, 1991: 9). Su predecesor Lawrence Eagleburger se había pronunciado en términos similares: «no hay nada que el mundo exterior pueda hacer» (Holbrooke, 1999: 23). De aquí a la justificación de la no intervención en Srebrenica, por su carácter de locura imprevisible no hay más que un paso, que sirvió de base a la explicación de la política norteamericana: «sabíamos que tales actos no eran imposibles, habida cuenta de la historia de genocidio y limpieza étnica en los Balcanes» (cita en F. Hartmann, Paix et Châtiment, 2007: 106). Cuando la fiscal Carla del Ponte pide más empeño a la CIA en la persecución de Karadzic y Mladic, su director, G. Tenet, le responde: «Me importa un bledo lo que usted piense» (Ch. Simic, «Connoisseurs of Cruelty», *The New York Reviews of Books*, 12/03/2009: 23).

2.3. Un concierto de negaciones

En el Sarajevo sitiado, una bomba provocó una masacre en un mercado y otra en una cola de una panadería. Las versiones de la propaganda serbia más extremas hablaban de maniqués en vez de cadáveres o de un montaje con cadáveres traídos de otros lugares. Otras admitían las muertes pero las atribuían a las propias autoridades de Sarajevo, con el objeto de culpar de ellas a los serbios (también Collon, 1995: 305-310). Unos días después de la masacre de Srebrenica, un excomandante del ejército yugoslavo explicaba a T. G. Ash que allí «los musulmanes asesinaron a los musulmanes», porque «cuando las fuerzas serbias estaban expulsándolos, estos se asustaron y empezaron a matarse entre ellos» (*The Guardian*, 07/02/2002). Datos como este justifican el título del artículo de Ash: «Una nación en estado de negación», y un capítulo sobre el «síndrome de negación» de la monografía de Cigar (1995: 86-106). La novelista J. Tesanovic, que ha seguido y contado el ambiente que rodeaba en Belgrado —particularmente la insolencia de los acusados y el desprecio de sus familiares hacia las familias de las víctimas, en su mayoría mujeres venidas de Bosnia— al juicio de *Los Escorpiones* (un grupo acusado de asesinar fríamente a jóvenes musulmanes, cuyas ejecuciones fueron grabadas en vídeo), señalaba al hilo del exitoso disfraz de Karadzic como gurú-curandero alternativo, que no hay manera de curar a una nación en estado de negación. Esta negación no es en cierto modo sino la contrapartida de la visión envolvente de los odios ancestrales y el ethos de Kosovo. Cuando un grupo se encierra en una narrativa de victimidad justificada se vuelve ciego y sordo para todo lo que no se ajusta al guión preestablecido (Ignatieff, 1997: 60). Con el *Memorandum*, los intelectuales serbios habían lanzado la nube de tinta cegadora que justificará todas las negaciones. En su minucioso estudio sobre la negación, Cohen (2001: 96, 98) resume la eficacia de estas narrativas: «la ‘historia’ demuestra que la gente a la que se considera víctimas no son realmente víctimas; somos nosotros, a quienes se condena, las verdaderas víctimas; ellos son, en el sentido profundo, los verdaderos agresores»; y concluye: «la retórica del nacionalismo cumple la función de ‘un vocabulario moral de autoexoneración’». Como escribe J. Tesanovic (2007: 41) para caracterizar la actitud autoindulgente de los *Escorpiones* (un grupo paramilitar formado desde Belgrado homologable a los escuadrones de la muerte): «Es sólo que llaman a su culpabilidad ‘patriotismo’, mientras que el resto del mundo la denomina crímenes de guerra». El propio ex presidente V. Kostunica, descrito habitualmente como nacionalista moderado, señalaba a la fiscal del TPI que no hubo limpieza étnica en Bosnia, ni masacre en Srebrenica, ni expulsión masiva de albaneses en Kosovo en 1999 (Ch. Simic, *The New York Review of Books*, 12/03/2009).

Las manifestaciones de la negación son muy numerosas, pero una de ellas apunta lógicamente a la descalificación de las instancias acusadoras. Ash cita un sondeo según el cual un 42% de los entrevistados puntuaba con un 5 sobre 6 la actuación de Milosevic en la Haya, más de dos terceras partes declaraban que el Tribunal estaba predispuesto contra Serbia —la deslegitimación de las instituciones que toman decisiones que no coinciden con la premisa autoexculpadora es parte de la estrategia de contramovilización— y más de la mitad no podían nombrar un solo lugar en el que los serbios hubieran cometido

crímenes de guerra. Natasha Kandic fundó en 1992 el *Centro del Derecho Humanitario* con objeto de documentar los crímenes de guerra y la violencia de motivación política. Ha recibido tantos galardones internacionales como amenazas en su propio país, especialmente cuando asumió la responsabilidad de llevar a los Escorpiones ante un tribunal de Belgrado. Kandic declaraba hace poco (*El País*, 01/04/2010) que apenas quedan ya negacionistas puros, gente que niegue lo ocurrido, pero sí quedan muchos que dicen «Todos cometieron crímenes». El negacionismo toma ahora la forma de difusión de responsabilidad en la amalgama de la culpabilidad indiscriminada. En todo caso lo importante no es lo que creyeran gentes como Milosevic sino el clima de oclusión moral creado a partir de las fantasías de los mitos, la propaganda y la búsqueda de culpables sobre los que proyectar las responsabilidades. El repertorio argumental se alimenta en una veta rancia donde conviven la legítima defensa, la equivalencia moral, la amalgama y la banalización. El conflicto secular tiene el poder detergente de disolver las responsabilidades concretas.

Seguramente una de las expresiones más horrosas de la negación es la sublimación del crimen mediante el enaltecimiento y la heroización de los criminales (Casquete, 2010). Citaré sólo un ejemplo en la pluma del mesiánico D. Cosic donde caracteriza a los líderes serbobosnios como «ebrios de patriotismo y libertad» y describe al criminal de guerra R. Karadzic en estos términos: «es una fuerte personalidad política, con grandes logros en la lucha por los derechos nacionales y humanos del pueblo serbio; merece un veredicto justo de la historia y el respecto de su pueblo [...], y desde luego no merece la humillación, la persecución y la detención y juicio en La Haya. No es un criminal de guerra, sino el líder político del pueblo de la Republica Srpska» (citado por Vesna Pesic, e-novine.com, 03/11/2008).

2.4. Pueblos alucinados, delirios exterminadores

Hay una expresión extrema —extrema en el doble sentido de la fuerza denotativa y de la crueldad criminal— de la negación: las fosas secundarias. A las pocas semanas de apilarlas en fosas comunes, las fuerzas serbias de Bosnia acometieron la tarea de desenterrar los cuerpos y desplazarlos a otras fosas denominadas secundarias en un intento de ocultar las pruebas. Así se han podido encontrar partes de un mismo cadáver en varias fosas. En su extremosidad, este empeño equivale a la negación de la negación: la prueba de la intencionalidad y el reconocimiento de la gravedad. ¿Cómo puede un ser humano llegar a estos extremos? Hay varias respuestas, una de ellas tiene que ver con el poder de las narrativas. «Para ellos —escribe Rhode (1997: 374)—, la caída de Srebrenica era parte de la lucha secular de los serbios contra el Islam y los turcos». Cuando Mladic describe la toma como una revancha sobre los turcos, no está tanto aprovechando la connotación negativa del vocablo utilizado para referirse a los bosniacos cuanto expresando sus propias convicciones grupales y los compromisos de lealtad histórica de ellas derivados. De nuevo, las patologías de comunidades encerradas en la lógica narrativa de los mitos de victimización. El «contencioso del pasado» contiene la clave de los avatares balcánicos (Tosic, 1992: 55). W. Höpken (1997: 97) ha denominado parahistoriografía a esta particular concepción de la historia en

cuanto subordinada a los fines políticos, en este caso para convertir el antagonismo nacional en conflicto violento al ser instrumentalizada como forma de legitimación inmediata de las elites. En ese sentido ha hablado de la caja de Pandora de la historia. Muchos otros autores se han detenido en las consecuencias de esta forma de instrumentalización del pasado.⁷

Puesto que en el pasado está la clave, importa asegurarse el monopolio de la interpretación. Y aquí fue determinante el papel de la SANU. Como asegura Zivotic (1994: 78), son los autoerigidos en portavoces del alma popular «quienes deciden cuál es la historia auténtica del pueblo serbio y no aceptan disenso alguno respecto a esa interpretación». ¿Cómo se traslada esto sobre el terreno en condiciones de polarización y disponiendo de recursos — militares— para actuar? Remodelando la realidad hasta acomodarla a la teoría. Los siglos dedicados a construir la magnífica ciudad multiétnica de Sarajevo no cuentan para la visión de túnel primordialista, sólo cuenta el espasmo de destrucción de tres años que, este sí, coincidía con el guión oficial. Tampoco cuentan, acercando el foco a las vivencias cotidianas, los recuerdos de los juegos de infancia entre los ahora enemigos. La pena es —añade Hardin (1997: 178)— que esta creencia haya sido aceptada por tantos observadores contemporáneos. En todo caso, el memoricidio, el proyecto para erradicar los lugares de memoria incongruentes, es parte de un programa que eleva al pasado sobre el presente, la mitología sobre la historia y el folklore sobre la sociología. El resurgimiento del movimiento chetnik y su parafernalia y las procesión de las cenizas de zar Lazar, son manifestaciones del mismo guión. Lo que ha puesto de manifiesto de manera paradigmática el proceso de desintegración de Yugoslavia es, como afirma el etnólogo R. Hayden (1996: 783), no sólo el poder del nacionalismo extremo para imaginar «supuestas comunidades 'primordiales', sino el de convertir en inimaginables las comunidades heterogéneas existentes». Es difícil expresar con más concisión lo ocurrido en Yugoslavia: la parahistoria conduce a una etnopolítica de lo peor. Las comunidades de odiadores definidas por la imaginación y sustanciadas en una memoria de pureza patogénica vuelven insoportable e inaceptable la realidad de las sociedades vigentes mezcladas. Y lo hacen creando un clima de resentimiento (pseudo)históricamente inducido. Yugoslavia *tenía que ser* una construcción artificial y antinatural. Es sabido que ninguna evidencia es

⁷Recojo unos cuantos ejemplos. «El caso yugoslavo no es sino el ejemplo más dramático del peso de las memorias, maltratadas por un tratamiento totalitario de la historia, que ha sido general en toda Europa del Este... Durante 40 años Yugoslavia ha vivido de una verdad oficial que ha hecho tabla rasa de toda memoria anterior. (...) La Edad Media ha suministrado los mitos que, manipulados por responsables políticos ansiosos de asegurar su poder, han conducido a la implosión de Yugoslavia» (G. Beis, «Les mythes: pièges de l'histoire et pièges de l'esprit», en M-F. Allain et al. *L'ex-Yougoslavie en Europe*, L'Harmattan, París y Montreal, 1997, (271-278). «Pero es sin duda en Serbia donde el abuso de la historia para fines políticos ha sido llevado más lejos, pues historiadores e intelectuales se han prestado con gusto a la tarea» (J. Rupnik, «The Reawakening of European Nationalism», *Social Research* 63, 1, primavera 1996 (41-76), p. 57). «¿Celebramos las guerras del pasado para preparar otras nuevas?» (J. Lovrenovic, «The Bosniak Second Coming», *Transitions* 5, 8, agosto 1998, pp. 40-43). Una visión sucinta pero aguda del tema se encuentra en C-F Souibes, «Mémoire officielle et mémoire officielle de la guerre en ex-Yougoslavie. Le poids de la mémoire dans les rapports serbo-croates», *La Nouvelle Alternative* 23, diciembre 1993, pp. 44-49; de enorme interés son asimismo los artículos sobre Yugoslavia en el volumen colectivo dirigido por A. Brossat, *A l'Est la mémoire retrouvée*, La Découverte, París, 1995.

suficiente para penetrar el blindaje cognitivo de estas creencias pantalla. Pero los datos son los que son por más que desafinen sobre la partitura de encargo. El primero: ¿cómo hizo falta tanta saña y tanta sangre para destruir el supuesto artificio?. Hay otras evidencias que apuntan precisamente al carácter artificioso de la parahistoria. Pero no hace falta bucear en mares de erudición para afirmar, contra la tesis de los odios ancestrales, que existe un pasado rico en colaboración entre los pueblos eslavos del sur (Lampe, 1995; Petersen, 2002: 255). Cerremos este punto con las palabras expertas de Hardin (1997: 148): «el engorroso problema de la tesis de que los odios étnicos son la causa de los conflictos étnicos que vemos es que, en lo que se refiere a la mayoría de los grupos todavía en conflicto, las relaciones han sido generalmente buenas en la mayor parte de la historia».

3. Redes y círculos del negacionismo nacional-izquierdista

3.1. Collon y el etnorradicalismo abertzale

(Observación preventiva: ¿cómo se aborda el análisis de una literatura panfletaria, que se presenta como contra-información contrastada sin incurrir en el estilo panfletario? Me adentro en aguas procelosas, las miserias de ciertas argumentaciones y la dificultad de ponerlas de manifiesto sin verse uno salpicado en el camino).

Uno de los elementos que más contribuyeron a las fricciones que abocaron a la desintegración de Yugoslavia fue la cuestión de la minoría albanokosovar, muy mayoritaria sin embargo en la propia Kosovo, a la que la Constitución de 1974 concedía el estatuto de provincia autónoma y que le fue arrebatado por el parlamento serbio en 1989 en un contexto de protestas con un desproporcionado balance de muertos del lado albanés (Taibo, 1999: 59). Sin embargo ni este caso ni el de Bosnia —un país amenazado y atacado por dos vecinos poderosos—, pese a sus analogías con el Kurdistán, Palestina o el maltraído Ulster, han obtenido credenciales para figurar como santos de devoción en el repertorio de causas nobles del abertzalismo radical. Tampoco, por cierto, en algunos sectores de autoproclamada filiación izquierdista. Un paralelismo no casual que será objeto de atención en la ponencia de J. Merino. Tiene interés entonces preguntarse por esta anomalía en la elección de las afinidades que llevó al nacionalismo radical vasco a preferir el poderoso «centralismo» serbio frente a las entidades minoritarias homólogas.

Para abordarla es preciso acercarse a los avatares de ciertos sectores de los movimientos sociales, sus vías de influencia y sus opciones en la selección de contenidos de los marcos para la acción colectiva. En el semanario del Partido del Trabajo Belga (marxista leninista), *Solidaire*, inicia su carrera como periodista Michel Collon, que se convertirá en la voz oficial para un listado largo de izquierdistas dogmáticos, ultranacionalistas filoserbios, altermundialistas, abertzalistas radicales y enemigos del único pensamiento único. Hoy dispone de una plataforma digital para la difusión de una newsletter semanal, que según una redacción cordial de wikipedia alcanza a 100.000 abonados y para acoger artículos y noticias ajenos situados en su órbita. En lo que sigue voy a

tratar de detallar, con riesgo de traspasar la línea de la ecuanimidad analítica, el papel de este publicista en la conceptualización de las responsabilidades de los conflictos yugoslavos. Saltando el protocolo colocaré la conclusión al principio y trataré de justificarla luego. M. Collon es un agustiniano epistemológico que defiende la teoría de la existencia única y excluyente de dos orillas, la de Dios y la del imperialismo, la verdad y la mentira. En un artículo seminal titulado «Análisis de Yugoslavia: Tres cuestiones cruciales» (*Solidaire*, 36, 20/09/1995) resume meridianamente su posición: 1) Las guerras de Yugoslavia son el prolegómeno de una tercera guerra mundial que tiene en marcha el imperialismo para hacerse con los centros de petróleo de Oriente Medio, el Cáucaso y Kazajstán, 2). A la segunda cuestión relativa a si hay que condenar «por igual a los dos campos» responde que «lo principal es la agresión imperialista», que concreta de esta manera: «En relación a la agresión imperialista, hay dos campos. Por un lado los regímenes de Tudjman (Croacia) e Izetbegovic (Bosnia) son claramente, y desde el comienzo, instrumentos de la agresión y del reparto decididos por Washington y Berlín. Por el otro, las fuerzas serbias —incluso si sus dirigentes tienen teorías y prácticas de nacionalistas burgueses— RESISTEN A ESTA AGRESIÓN IMPERIALISTA». La última cuestión, referida ya a la práctica de a quien apoyar se concreta así: «Nuestra posición es por tanto esta: “No apoyamos la orientación social reaccionaria de Karadzic, ni su nacionalismo racista. Pero en la medida en que lucha contra la agresión de USA, Alemania y de sus peones, Karadzic debe ser apoyado”». El párrafo de cierre concreta cual debe ser el programa de los comunistas para «vencer realmente la agresión imperialista, defender la paz mundial y preparar el futuro socialista».

Los textos citados proceden de un documento fotocopiado de seis páginas que se repartió con motivo de la conferencia impartida por M. Collon en la Facultad de Filosofía y Letras de Ibaeta (San Sebastián) sobre el tema «La guerra en los Balcanes» (5/12/1995). El documento se presenta como una traducción del artículo de *Solidaire*, contiene varias erratas, algunos errores y lleva en la primera página sobrescrito a mano a manera de traducción del título «BALCANES UNA CARRERA ESTRATÉGICA PARA EL IMPERIALISMO» y debajo, entre paréntesis y en minúscula «(difunde LAB)». Tiene interés indagar el trasfondo de estas peripecias. En realidad el objeto principal de la visita de Collon a Euskadi fue la presentación de su primer libro en español: *¡Ojo con los media!*, que se autodefine en la portada como 'Informe'. El libro lo edita Argitaletxe Hiru. Por la primera página sabemos que lo presentado es resultado de una traducción y adaptación (subrayo lo último, poco habitual en obras de este género) de Eva Sastre Forest, también responsable del diseño de la colección y portada y de una nota previa en la que se define al producto como un «manual antimanipulación». Me ahorro la tarea de elucidar el alcance de estas particularidades. Sí señalaré que su visita a Euskadi lo fue por invitación de Eva Forest⁸ y, también, que las páginas referidas a Yugoslavia del libro de

⁸ En un artículo dedicado a Eva Forest con motivo de su muerte (2010), Collon escribe que desde 1974 «su [de Eva] combate, ya se había convertido en el mío». Refleja luego el comienzo de una amistad cuando en la primavera de 1992 recibe la llamada de Eva («¿La 'auténtica' Eva Forest?») que le traslada el interés de publicar su libro como editora. Narra luego otros encuentros, la invitación de Eva a visitar Venezuela (dedica a Eva *Los 7 pecados capitales de Hugo Chavez*) y luego Nueva Orleans. Evoca sus encuentros con Eva y Alfonso

Collon formaban parte de los materiales que difundía el gobierno serbio en Madrid.⁹ El 5 de diciembre *Egin* publica una foto del autor con el libro anunciando la conferencia. Al día siguiente aparece un entrevista de página entera a cargo de Maite Ubiria (pág. 37), en la que el periodista «muestra su orgullo por trabajar en un medio que desde hace más de dos décadas ‘no oculta su apuesta revolucionaria en la mancheta’». Preguntado si se ve a si mismo como un propagandista, contesta, «Ellos hacen propaganda, yo hago propaganda y tu haces propaganda. La cuestión es que cada uno debe identificarse, no ocultar su pensamiento, y a partir de ahí intentar dar una muestra lo más real posible de lo que ocurre».

Estoy sugiriendo, en suma, que la visión de los conflictos yugoslavos del nacionalismo radical coincide con las tesis insostenibles de Collon y que aquel ha sido un vehículo decisivo para su difusión en los medios alternativos y radicales con quienes comparte redes y cartera de ‘causas elegidas’. Esta tesis contrasta con la de C. Taibo y quiero señalarlo aquí como contrapunto y para aviso de quienes me escuchan.¹⁰ Voy a detenerme en mostrar la confluencia de las tesis del Collon con las del etnoradicalismo vasco.¹¹ El 12 de agosto, un mes justo después de la masacre de Srebrenica, José Antonio Egido, en una apretada página de *Egin* titulada «Ex-Yugoslavia: el fracaso de una teoría interpretativa», empezaba recordando su paternidad sobre esta visión alternativa cuando en un artículo de dos años antes (*Egin*, 29/07/93) anunciaba «la descarada intoxicación que ha pretendido hacer de los serbios los únicos

Sastre en «la magnífica casa de Hondarribia». Recuerda que fue Alfonso Sastre quien encontró la formula para traducir el juego de palabras de *Poker menteur*.

⁹ S.O.S. *BALKANES INFORMA 079*, 02/2/95. Nota de Prensa. En un correo electrónico (13 de abril de 1999) esta organización, bien informada y con notable experiencia de trabajo sobre el terreno, aclara a propósito de la difusión de las tesis de Collon en medios como SODEPAZ y nodo50 que «Collon viene realizando trabajos de soporte al régimen de Belgrado desde hace bastantes años. La propia embajada de Serbia y Montenegro en Madrid, difundía con fecha 1 de agosto de 1995 fragmentos de su libro ¡Ojo con los media!». El 18 de noviembre de 1998, José Antonio Egido afirma en correo electrónico que «La presunta ONG SOS Balcanes», «es en realidad el brazo civil de la agresión de USA, Alemania, la OTAN y los ultras islámicos contra los pueblos balcánicos»; añade, entre una lista larga de reproches, que calumniaron al periodista belga M. Collon.

¹⁰ Escribe Taibo en nota (1996: 55): «En el mundo de Izquierda Republicana, y también en el de Herri Batasuna, se ha abierto camino un mayoritario y activo apoyo a la resistencia bosnia». No sé si esta apreciación puede deberse a lo temprano de la fecha. En todo caso, es difícil sostener una posición de defensa de la resistencia multiétnica bosnia desde la visión de Collon, que según mi tesis ha sido aceptada oficialmente por el entorno ultranacionalista. Por otra parte, Taibo es, salvo ignorancia mía, el autor que más contundente y solventemente ha criticado las tesis de Collon en unas páginas que debo recomendar aquí como desmentido de quien ha hecho estandarte de la denuncia de la mentira (Taibo, 2000: 50-69), también como enésima confirmación del muy relativo peso de la calidad de los argumentos a la hora de cambiar las percepciones de los doctrinarios.

¹¹ Señalemos, aunque sea de paso, la atracción de la descalificación in toto de los media españoles para amplios sectores del nacionalismo vasco. Seguramente el mejor ejemplo de ello es la insistencia de Arzalluz en la *Brunete mediática*. Pero no es el único. En un Congreso de la Federación Interorganizado en Bilbao por el sindicato ELA, a la observación del editor del diario de Sarajevo *Slobodenje* según la cual «sin la manipulación de algunos medios de comunicación por los grupos políticos, la guerra [en la ex Yugoslavia] no hubiera sido posible» responde con una instrumentalización apenas velada el secretario del sindicato José Elorrieta que «la resolución del problema vasco requiere también fuertes dosis de tolerancia», criticando luego «la ligereza» y el «desconocimiento con que los medios de comunicación españoles tratan temas que afectan a Euskadi» (*El País*, 03/05/1997).

culpables». El libro de Collon recién publicado (el autor, bien enterado, precisa que lo ha sido en junio) reafirma entonces su línea interpretativa que consiste justamente en mostrar la versión contraria: «Mientras los medios occidentales, la OTAN, EEUU y Alemania denunciaban los ataques a la población civil musulmana en Srebrenica, Sarajevo y otros lugares, debajo de la mesa alentaban al régimen fascista de Tudjman a lanzar una de las peores depuraciones étnicas». El argumento es característico del uso de las medias verdades: impecable la denuncia de la limpieza étnica de la Krajina, pero silencio absoluto sobre la masacre de Srebrenica. Aquí el relativismo es completo: algo es verdadero si sirve a la causa correcta, la fiabilidad de un aserto no depende de su contenido de verdad sino de su particular ubicación en el mapa moral preestablecido.

En 1999 la editorial de E. Forest publica la traducción del segundo libro de Collon, *El juego de la mentira (Poker menteur, 1998)*, que motiva un nuevo viaje del autor el invierno siguiente. Y que no fue estéril. El 17 de abril de 1999 aparece en *Gara* una Declaración titulada «Alto a la guerra, paz y solidaridad para Yugoslavia» elaborada por un grupo de personalidades vascas con señalada presencia de figuras del radicalismo como Miguel Castells o, de nuevo, José Antonio Egido. Después de una condena del ataque de la OTAN, el punto 2 señala que: «la mayor limpieza étnica de los Balcanes... ha sido la lanzada por el dictador croata Tudjman contra la población serbia de Croacia».

La insistencia en este como el mayor episodio criminal es una idea pertinazmente repetida por Collon; en *Test-Medios (2006)*, le dedica el punto 13, en el que afirma que en agosto de 1995 «Más de 150.000 serbios fueron así forzados a abandonar esta región que habitaban desde hacía siglos. Se cometieron las peores atrocidades». Tiene razón Collon en lo que afirma: la operación de limpieza étnica de la Krajina por las fuerzas croatas fue una atrocidad intolerable. Sin necesidad de establecer valores por comparación. Pero no la tiene en lo que calla. Y calla varias cosas. Una de ellas es la previa limpieza étnica de sentido contrario llevada a cabo por las milicias serbias apoyadas por el ejército (dejemos de lado el peregrino argumento de que los serbios no pueden ser acusados de agredir a Croacia y Bosnia porque eran parte de esas repúblicas (Tanjug, 08/10/1998), recordémosle, como hace Taibo, a Franco y recordemos el relente esencialista subyacente). Tampoco sabremos por Collon el bombardeo de Dubrovnik ni las incalificables atrocidades cometidas tras el asedio de Vukovar. Ni encontraremos datos sobre los afectados por la limpieza étnica del 70% del territorio de Bosnia por las tropas de Karadzic, ni de las decenas de miles de mujeres violadas. Pero sobre todo no encontramos indicio alguno sobre el genocidio de Srebrenica, ni sobre la expulsión de albanokosovares, y esta versión compartida por el nacionalismo radical ha colonizado web alternativas, revolucionarias y antisistema. Creo que merece la pena detenerse en este punto por varias razones, también por sintonía con el tema del primer encuentro.

3.2. Revisionismo de izquierdas

El estrabismo visual guarda una estrecha relación con el repertorio de las fuentes: reducido a las propias o de un círculo acotado de autores que se citan

entre sí y se replican los argumentos, lo que permite incluir a este publicista en la categoría de revisionistas de izquierdas. Voy a poner un ejemplo que ilustra a la vez el efecto de la repetición y la impostura. En *¡Ojo con los media!* (1995: 306) asegura que su tesis del autobombardero «queda confirmada por el general McKenzie (sic), que mandaba a los cascos azules en Sarajevo». Repárese en que esta tesis sirve para, por contagio, poner en tela de juicio la masacre de Srebrenica. Pero vayamos al aval. Resulta llamativo que los inquisidores de los medios no hayan reparado en el hecho de que el general MacKenzie, tras abandonar Sarajevo, recibió sumas importantes del lobby nacionalista radical proserbio de Estados Unidos, y que mantenía relaciones con los medios y la administración serbia. Cigar (1995: 149) realiza un par de puntualizaciones de interés: que su prestigio fue tan grande entre sus soldados como su influencia entre altos cargos de la administración americana y que sus inclinaciones partidistas deberían haber suscitado la cuestión del conflicto de intereses. Sells (1996: 209, 132) abunda en estos hechos y recuerda, además, que tropas de paz de Naciones Unidas, incluyendo oficiales, al mando del general MacKenzie, frecuentaron el campo de retención de mujeres —un prostíbulo forzoso y gratuito— Sonjia's Kon-Tiki, cerca de Sarajevo y confraternizaron con los nacionalistas serbios al cargo.¹² Podría uno preguntarse por esa extraña esquizofrenia que se expresa con una hipersensibilidad aguda hacia conspiraciones, manipulaciones, planes ocultos y cosas por el estilo, de un lado, y la disposición a tragar (o fabricar) disparatadas ruedas de molino, por el otro.

MacKenzie es, asimismo, convocado por E. S. Herman (2009), ahora en un testimonio del 15 de julio de 2005, para avalar la tesis de la propaganda antiserbia y de la complejidad de un contexto que hace imposible distinguir entre buenos y malos. (Comparemos el «no era un cuadro en blanco y negro ni tampoco una situación en que los 'malos' hubieran matado a los 'buenos'», del MacKenzie citado por Herman, con el «we have no dog in that fight», del Secretario de Estado James Baker (en Feffer 2009). Herman forma parte de un círculo en el que se incluyen nombres como los de Michael Parenti, Michel Chossudovsky, Diana Johnstone, Mick Hume, John Pilger, Harold Pinter o Jared Israel y que ha recibido la denominación de revisionismo de izquierdas. Collon participó con algunos de ellos en una conferencia internacional celebrada en Atenas en 1998, titulada «La edad oscura de los medios». La denominación de revisionismo obedece a que por diversas vías estos autores coinciden en negar la gravedad de los crímenes de guerra cometidos por el entorno de Milosevic. La estrategia consiste a menudo en criticar al crítico; de ahí la fijación con los medios sin distinguos. Cuando pasamos a la negación concreta de los hechos el mecanismo preferido es la difusión de responsabilidad previo establecimiento de la indiferenciación moral por amalgama. Se discute también el número de víctimas, o se puntualiza, como D. Johnstone, que algunos de los cadáveres contabilizados eran serbios; por no hablar de quienes sostienen que los féretros enterrados en Potocari están

¹² Un testigo señaló que el propio MacKenzie visitó el campo; algo que R. Gutman demostró que era falso. Que no participara directamente no significa eximirle de toda responsabilidad. Bakira Hasecic, de la asociación «Mujeres víctimas de la Guerra» le preguntó en una ocasión al respecto, pero «él se hizo el sordo» («La violación como arma de Guerra», testimonios de mujeres violadas. Sesión organizada por SOS Balkanes, Donostia, 22/11/2008).

vacíos. Cuando uno se pregunta por los motivos de esta querencia, tan contraria a la evidencia, de estos autores la hipótesis más plausible que encuentra es la que apunta Feffer en el sentido de que como Milosevic se opuso a la OTAN en 1999, debía sin duda ser alguien muy valioso en los años precedentes y desde luego no un nacionalista. Añade el codirector de *Foreign Policy in Focus* que este enfoque, según el cual el «enemigo de mi enemigo es mi amigo» ha seducido en otras ocasiones a la izquierda resultando en el apoyo a figuras como Mao o Chavez (Feffer, 2009). Y todo ello explicado desde la creencia en un plan occidental para acabar una y otra vez con el socialismo. En los términos que he apuntado más arriba esta conclusión deriva naturalmente del agustinismo epistemológico.

Es característica de esta posición la defensa a ultranza de las posiciones oficiales serbias. En un tendencioso test para sectarios (Collon, 2006), la pregunta que sigue a la información sobre Srebrenica es «¿las primeras víctimas de la guerra fueron asesinadas por los serbios?» La respuesta — esperada— es que no, que la responsabilidad correspondió a la policía eslovena el 28 de junio de 1991. Olvida que paramilitares serbios mataron y mutilaron brutalmente a 15 policías croatas en Borovo Selo (Eslavonia) (De Luna, 2007: 334), donde ya está desplegándose el Ejército regular. Pero sobre todo y en lo que aquí interesa, calla que en marzo de ese año y por primera vez después de la segunda guerra mundial los carros de combate tronaban en las calles de Belgrado para sofocar una protesta masiva de la oposición que reclamaba libertad de prensa: hubo dos muertos y 90 heridos. Ni la sociedad civil, ni los medios de comunicación sometidos a un férreo control, ni los objetores, ni los académicos víctimas de la depuración ideológica de la universidad en virtud del decreto del parlamento de 26 de mayo de 1998, ni las organizaciones de derechos humanos, ni el antimanipulador Centro para la Descontaminación Cultural, merecen la atención de Collon. En una entrevista publicada en *Gara* (24/02/2001) acusa al opositor Z. Djindjic de ser un «agente de Alemania y de los USA, y que intenta convertirse en primer ministro». Llegó a ello y fue asesinado a los dos años de esta entrevista: ni palabra en la boca de Collon. Cuando las hay, las críticas revisionistas al régimen de Milosevic son homeopáticas y enseguida neutralizadas por la adversativa.

3.3. Las credenciales de la contrainformación

Por un lado, Collon parece argumentar que su tesis sobre la mayor atrocidad se basa en criterios numéricos (expulsión de la Krajina). Claro que es una tesis difícil de contrastar porque los datos numéricos sólo le interesan cuando las víctimas son los supuestos enemigos del imperialismo. Por otro lado, niega valor a los números cuando se trata de los muertos de Srebrenica, pero niega algo más. En una conferencia en francés sobre los militarismos en las guerras convocada por las organizaciones Sindicato Unitario, Coordinadora de Kurdistán, Partido Comunista y Resumen Latinoamericano (en la que el sesgo autobiográfico incluía el atributo de observador internacional en las últimas elecciones yugoslavas), se le preguntó por algo tan relacionado con ello como la masacre de Srebrenica, obviado en la charla, esta es la traducción literal de su respuesta (2000b, registrada por quien escribe):

Sobre la pregunta de lo que ocurrió en Srebrenica en 1995, yo no he llevado a cabo por mi mismo un estudio en profundidad porque eso exige mucho tiempo, pero en el libro *El juego de la mentira* hay muchos ejemplos de que lo que se nos ha dicho en Occidente es una manipulación. Mi punto de vista sobre esta guerra del 92-95, es que ha habido crímenes y atrocidades cometidos por las tres partes [...]. Lo que ocurre es que en Occidente se nos han presentado las milicias serbias como si fueran fascistas y monstruos y nunca se nos ha hablado de las milicias croatas y musulmanas. Si no he estudiado a fondo el asunto de Srebrenica, en cambio, sí he estudiado a fondo el asunto de las tres masacres de Sarajevo... Se dijo que los nacionalistas serbios habían causado esas muertes pero nuestro en este libro que eso era una manipulación y que ha sido el presidente musulmán el que había lanzado las bombas sobre su propio pueblo para justificar la intervención de la OTAN.

Sobre lo que ha ocurrido en Srebrenica estaría muy interesado si Vd. tuviera informaciones precisas y fiables, pero querría hacer algunas observaciones que indican que hay elementos contradictorios en lo que es la tesis occidental oficial. Se dice, en primer lugar, que los serbios hicieron la limpieza étnica en Srebrenica pero se ha ocultado que las milicias musulmanas de Oric también la habían hecho [...]. Segunda consideración: hubo muchos musulmanes que murieron en Srebrenica, pero las personas a las que he preguntado, especialmente expertos de la ONU —véase que ahora se han vuelto una fuente fiable— dicen que la cifra no es de 10.000 sino de 3.000; pero la cuestión más importante es qué tipo de personas son los muertos y en qué condiciones lo fueron. Tuvo lugar una batalla militar en Srebrenica, las fuerzas musulmanas intentaron escapar de la ciudad y como estaban en posición de inferioridad... la batalla se les volvió en contra y fueron masacrados en una acción militar. Se nos ha dicho que había un número de víctimas mayor. Pero un experto me ha dicho que en la lista de víctimas había personas sin ningún dato concreto. Según estadísticas de la Cruz Roja Internacional, se ha encontrado a personas contadas como víctimas combatiendo meses más tarde. Muchos muertos de Srebrenica han votado en las siguientes elecciones. Por consiguiente pienso que los crímenes cometidos por las tres partes deberían ser perseguidos, pero pienso que son los pueblos de la región los que deben crear una comisión de investigación que haga resplandecer la verdad, ya que no se puede confiar en absoluto en los medios occidentales [...]. Pienso que la solución es dejar esto de lado [*laisser ça de côté*] y discutir entre gente honrada para dilucidar qué crímenes se han cometido realmente y así hacer resplandecer la verdad.

La cita es larga pero ilustra el modo de argumentar, del que sólo puedo entresacar unos cuantos rasgos. (Puede encontrarse otra versión que mantiene lo sustancial en 2006, punto 9: donde a la pregunta «¿Informaron los medios correctamente sobre Srebrenica?», contesta: «No», con las implicaciones que cabe colegir). Obsérvese primero el contraste entre la declaración inicial —no lo sé porque yo no lo he investigado— y el grueso de la respuesta, que viene a concluir que sabe que no; de paso negando valor a los números y también a la condición de civiles de los asesinados. O sea que no sabe, pero está seguro de que no pasó lo que se le dice. Otro aspecto significativo es el total relativismo sobre el valor de las fuentes: la ONU y la Cruz Roja son habitualmente despreciadas como parte del bloque de la mentira, pero vienen bien cuando lo que dicen —lo que supuestamente dicen, porque en muchas ocasiones omite la referencia de modo que no se puede contrastar— sirve para avalar la tesis propia.

Y es que el abuso de las descalificaciones totalizantes a base de atribuciones conspiratorias, de denuncias sin matices de manipulaciones, de intereses ocultos, y de mentiras es una estrategia cara al dogmatismo totalitario; ya he mencionado algunos datos comprometedores de uno de los principales testigos de descargo, el general MacKenzie. Ayudaría análogamente a los lectores saber que Collon ha participado en apoyo de los partidos socialista (PSS) y

comunista (JUL) de Milosevic y su esposa Markovic, este último bien nutrido de «corruptos que sacaban provecho de la guerra, contrabandistas y gansters» (Sell, 2002: 180). Y que intervino en momentos decisivos de la represión en Kosovo en un coloquio de la oficialista agencia Tanjug (08/10/1998) antes de que los bombardeos de la OTAN eximieran de explicaciones. La agencia presentaba a Colon (sic) como un publicista belga autor de dos libros sobre la manipulación de los media y con un tercero en marcha. Achacaba los acontecimientos en los Balcanes a las ambiciones de Estados Unidos y Alemania y aprovechaba para afirmar que estaban manipulando para lograr sus objetivos políticos en «Kosovo y Metohija» (denominación oficial del nacionalismo serbio). El islamismo internacional es, para nuestros autores, un ejemplo un punto chocante de coincidencia discrepante con una pieza central de la retórica del imperialismo neoconservador.

Por si cupiera alguna duda baste señalar que aparece en la lista de lecturas recomendadas de un panfleto de autoría colectiva que se inicia con una entrevista a Karadzic, titulado *Avec les Serbes* (Besson et al. 1996). A cualquiera le sorprendería presumir de paladín contra la manipulación y de denostador de los «falsimedia» (media mensonges) en unos medios tan severamente controlados. Quien escribe le preguntó en una ocasión sobre el asunto (2000b) con mención especial al asesinato del periodista S. Curuvija, crítico hacia Milosevic. Su respuesta fue: ni palabra sobre Curuvija y sobre el resto un poco de tangente y mucho del contra golpe de rigor. Estas son sus palabras: «No puedo pronunciarme sobre la televisión de Belgrado porque no hablo serbio (una declaración llamativa para alguien que se presenta como periodista de investigación experto en el área, M. A.) [...], pero no acepto la idea de que los medios de comunicación de la oposición sean independientes. Hay más medios de oposición que oficiales y aquellos están financiados por Soros y la CIA». Y así despachó una pregunta sobre la que se ha escrito suficiente y precisamente en el sentido de que «el control de los medios ha sido uno de los elementos más consistentes del mandato de Milosevic» (Sell, 2002: 183).

3.4. Doble rasero y convergencias extrañas

Y sin embargo... Las tesis de Collon gozan de una aceptación devota entre el nacionalismo radical vasco, en círculos sectarios de izquierda y en sectores de los movimientos sociales. Mencionaba antes cuatro colectivos que le habían invitado a difundir sus tesis (2000b). Quien escribe les remitió una extensa carta poniendo de manifiesto las ocultaciones y los sesgos de Collon, acompañando una documentación sobre los acontecimientos de Srebrenica negados por el ponente y solicitando la organización de un acto para debatir sobre esos puntos. Ninguna de las cuatro respondió siquiera a la carta. Y esto ilustra bien una patología que tiene mucho que ver con el tema de este encuentro. Los puristas de la sospecha abandonan el antejo crítico cuando se les demuestra que sus sospechas pueden no estar por encima de toda sospecha. Y a partir de aquí portazo, descalificación ad hominem y más y dogma.

Collon presenta los rasgos típicos del gurú: radicalismo *antista* (su fuerza se circunscribe a la formalidad de lo contra), externalización completa de la carga de la prueba, maniqueísmo, ideas simples, explicaciones mágicas aplicables a todos los tiempos y lugares. Se valora el componente exótico (foráneo) y la disponibilidad para el apostolado en carne mortal (visitas periódicas). Hay aquí un intercambio beneficioso: el profeta alcanza un reconocimiento hasta entonces menguado y sus promotores ven legitimadas sus tesis por un avalista de toda confianza. En el artículo encomiástico de Collon sobre Eva Forest (2010) leemos: «Como en 1974». Vale decir, Franco vive y la bandera de la hoz y el martillo sigue flameando en las alturas radiantes del Kremlin. La misma receta de hace 20 años. Los mismos enemigos, con las adaptaciones ad hoc necesarias. Así, el apéndice abertzale exige incorporar el conflicto vasco en el lado claro del tablero agustiniano. En el boletín de Collon (<<http://michelcollon.info>>) aparecen textos relativos al conflicto vasco de inequívoca adscripción. Citaré dos. Una andanada contra el juez Garzón en la pluma de John Brown (09/10/2007) y el texto colectivo titulado 'Euskal Herria: pour les libertés et le dialogue' (06/05/2010) que solicita al gobierno español el fin de la represión y el inicio del diálogo mientras denuncia «el silencio de los medios ... como forma de complicidad grave».¹³

La esfera de influencia de estas tesis no se agota en el espacio vasco. Un cierto revisionismo es patente en el pacifista Palau, prologado por Galtung,¹⁴ en quien no me detendré, pero sobre todo en los medios autoconsiderados de una izquierda pura y no 'vendida', no 'descafeinada'. Quienes en ocasiones se han sentido también atraídos por los cantos de sirena del supuesto programa emancipatorio del movimiento ultranacionalista vasco. Señalemos para empezar la inercia del PCE que le llevó mantener cordiales relaciones con el Partido Socialista Serbio (PSS) de Milosevic más allá de lo razonable. En febrero de 2000 un delegado de IU acude al Congreso del PSS y su líder Julio Anguita afirma dos meses después (*El País* 19/04/2000) que se ataca a Milosevic porque es de izquierdas. La participación de J. Anguita en algún acto con X. Arzalluz así como las derivas del comunista ortodoxo y fundador del Partido Comunista de las Tierras Vascas (PCTV), el ya citado J.M. Egido, invitarían a un excursus pertinente para este encuentro sobre el nacional-bolchevismo, un cóctel bendecido por el secretario general de los comunistas rusos Guennadi Ziuganov, también defensor incondicional de Milosevic y de la tesis de que fue asesinado en La Haya, pero me tengo que limitar a una referencia breve de la mano de Ángeles Maestro, líder de Corriente Roja, que

¹³ Entre los promotores de este escrito (38) algunas firmas conocidas: Santiago Alba, Antonio Álvarez Solís, Carlo Fabretti, Angeles Maestro, Higinio Polo, Vicente Romano, Javier Sádaba, Alfonso Sastre, Andres Sorel y Carlos Tena. En la lista de adhesions internacionales 27 nombres de escaso relieve salvo el caso de James Petras. Cabe señalar que, más allá de la autoridad de los firmantes, importa lo que supone de legitimación tal caja de resonancia internacional.

¹⁴ El subtítulo —Dedicado a los mohicanos del Danubio— es elocuente, también significativo un prólogo de Johan Galtung. Sus fuentes son las de Collon. Se inspira, por ejemplo, en MacEnzie (sic) (107-108) para denunciar «la testarudez de unos y otros», pero, «sobre todo, la premeditada estrategia musulmana de mantener el martirio de Sarajevo a toda costa». Vuelve a invocar al general y a R. Owen para apuntalar la tesis del autobombardero, y blande los mismos argumentos que Collon respecto a Srebrenica (130-131), la desautorización del TPI y la afirmación de que la mayor fosa común localizada corresponde a víctimas serbias. Cita como fuente el diario *Politika* (03/04/1996), de estricta obediencia miloseviana.

pidió el voto para el PCTV. Le dejo la palabra primero para lo rojo, luego para lo nacional:

El siguiente [tras la guerra de Irak] gran episodio de manipulación informativa tuvo lugar ante los ataques y posterior ocupación de los territorios de la República Federal de Yugoslavia por parte de la OTAN, como instrumento de dominación de la única zona europea estratégica que intentaba de alguna manera mantener la independencia y se negaba a entrar en la Alianza Atlántica. Otra vez, sectores minoritarios de IU y otras pequeñas organizaciones de la izquierda, exhibiendo un ramplón anticomunismo, contribuyeron decisivamente a la confusión —y a la consecuente desmovilización— con el lema ¡Ni OTAN ni Milosevic!. La esperpéntica equiparación de responsabilidad entre el imperialismo agresor y el dirigente que en esos momentos representó la dignidad y la soberanía de su pueblo... (2006).

La relación con la izquierda abertzale no se plantea para Corriente Roja solamente como un vínculo solidario con un pueblo brutalmente reprimido —que también—, sino también como una necesidad estratégica para la izquierda revolucionaria del resto del Estado, a partir del análisis de los objetivos comunes de la lucha. [...]. El tesoro más grande, el ejemplo más importante de la izquierda abertzale es su fusión con el pueblo vasco, la penetración de sus organizaciones en la estructura misma de la sociedad vasca y la capacidad para articular democráticamente esa diversidad de movimientos y esa pluralidad ideológica (2007).

Los párrafos citados están disponibles en las ediciones digitales de *Rebelión* y *La Haine* (magnífica denotación del componente *antista*), pero opiniones de esta naturaleza, con una amplia cobertura de las opiniones del MLNV aparecen en medios como Viento Sur, los boletines del CAUM, las entregas del foro castellano, y un etcétera denso.

Saltemos de nuevo las fronteras para recordar la visita a Belgrado de las Madres de Mayo de Hebe de Bonafini para protestar contra los bombardeos de la OTAN, recordemos también que jamás esta organización de mujeres se interesó ni por los grupos equivalentes existentes en Serbia ni por las mujeres violadas. Allí Bonafini explicó que «decidimos venir porque sabemos que tenemos el mismo enemigo: el imperialismo» (*La Nación*, 18/04/1999). Y recordemos por último que este colectivo es un defensor incondicional de las tesis del radicalismo vasco incluido el denuedo del juez Garzón. Aquí el oportunismo muestra sus vergüenzas. El ejemplo de esta organización, con tan justas reivindicaciones como víctimas de la dictadura argentina, pone de relieve un aspecto sociológico importante: la existencia de lotes ideológicos compartidos entre estas redes minoritarias pero muy activas que comparten causas, también causas nobles, gurús y -sobre todo- enemigos. Replicadas en miríadas de redes sectarias y miméticas cuyo principal criterio de selección es el grado de alternatividad de lo pronunciado olvidando, inducidos por el agustinismo epistemológico o las geometrías ideológicas euclídeas, que lo contrario de lo malo puede ser lo bueno pero también lo peor o algo no menos malo. Debo señalar, para evitar malentendidos, que hay posturas de izquierda que han hecho compatible su compromiso con la emancipación con la defensa de la conciencia crítica, aunque ello les haya valido el ser tachadas de traidoras («vencida y asimilada [que] se viste de soldado», Maestro 2006) por estos sectores del integrista ideológico.

Conclusiones

Giovanni De Luna (2007: 333), profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de Turín, ha encontrado una fórmula precisa para describir la antigua Yugoslavia de que hablo: un «siniestro laboratorio de inventos atroces». Hay que preguntarse cómo resulta tan aparentemente fácil el deslizamiento hacia las simas de la violencia étnica, en este caso, además, desde un marco tan lejano como el del internacionalismo proletario encarnado en el lema de la fraternidad y la unidad.

La respuesta tiene que atender a un conjunto de factores interrelacionados. Pero en un lugar muy destacado hay que situar el cambio de eje de referencia para la elaboración de marcos de acción colectiva. La definición de los problemas en términos etnonacionalistas puso en marcha una cascada de procesos que abocaron a situaciones de violencia extrema, a la destrucción del espacio de convivencia común y a una caída en los índices de bienestar para el conjunto de la población, mientras que engordó a los criminales de guerra, las élites oportunistas y los traficantes de la miseria material y moral. Y es que el cambio de eje confirió protagonismo a instituciones funcionales para la nueva legitimación, como la SANU, la Iglesia o los sectores *ultras*. La parahistoria sustituyó a la ideología y las comunidades imaginadas necesitaron el poderoso medio de la guerra para ajustar los territorios a los mapas mentales mediante la cirugía abrasiva de la limpieza étnica. Las peores excrecencias de hostilidad étnica siguieron a los procesos de escoramiento identitario, no las precedieron (Hardin, 1997: 146). Condición de ello fue una acentuada etnificación del lenguaje que tuvo como consecuencia la disolución de los seres humanos individuales y de sus derechos en las abstracciones nebulosas de los derechos nacionales. La pervivencia del esquema de las justificaciones de los sistemas del socialismo real que convalidaba los atropellos particulares en aras del radiante porvenir, necesitaba una adaptación mínima para funcionar en el nuevo contexto: la principal consecuencia de esto es el negacionismo dentro y el revisionismo fuera. El negacionismo constituye la contrapartida de la lealtad étnica que atraviesa un espacio muy extenso de la sociedad serbia; el revisionismo de izquierdas es, a su vez, la contrapartida de una lealtad ideológica ciega ante las severas patologías de los sistemas de tipo soviético y deudora de un sectarismo que le impide reconocer a las víctimas y sentir vergüenza ante la exaltación de los criminales. Este revisionismo ha contado con el refuerzo implícito de otros analistas y líderes políticos que han instrumentalizado el lenguaje de la no violencia y el humanitarismo para, en la práctica, diluir la gravedad de los crímenes en la nube de la equivalencia moral, del «todos responsables» (Sells, 1996: 133-136).

El laboratorio yugoslavo es un ejemplo paradigmático de las consecuencias de la apelación a políticas de identidad. Recordemos la conexión entre el debate francés sobre la identidad y la expulsión en curso (septiembre 2010) de gitanos, así como de la exaltación tribal *neoon* engastada en el choque de civilizaciones y la fama repentina de un oscuro Terry Jones, prometiendo quemar ejemplares del Corán. No todas las invocaciones a la identidad producen tales consecuencias pero los ejemplos históricos de su poder de convocar emociones negativas y fuerzas oscuras a la postre incontrolables son

razón suficiente para llamar a la contención. Vale la pena releer las prevenciones de Dahrendorf (1988: 31, 157-158) al respecto. Si queremos un testimonio de primera mano podemos traer a colación el análisis retrospectivo del líder S. Popovic resumido en un título elocuente: «el gen nacionalista del partido democrático» (2009). Señala que este partido, firme opositor a Milosevic, incorporaba en su programa fundacional dos partes contradictorias, la reivindicación de los valores democráticos y las libertades civiles, por un lado, y el nacionalismo en su forma oscura, por otro. Observa que lo segundo acabó imponiéndose de modo que «lo que Milosevic dijo en Gazimestan (1989) sigue siendo la ideología de la mayor parte de los partidos en Serbia. Lo único que ha cambiado es que como país hemos dejado de recurrir a la fuerza [...] pero los objetivos y el clima siguen siendo los mismos. Este callejón sin salida histórico en el que estamos viviendo es también un callejón sin salida político, tiene que ver con valores». La observación de Popovic apunta a un aspecto esencial de los programas étnicos: su poder anestésico de las iniciativas cívicas, que le hace funcionar como un potente instrumento de contramovilización y que mantiene su potencial tóxico una vez concluida la fase de violencia abierta.

El experimento yugoslavo pone de relieve que las apelaciones a la movilización desde marcos identitarios propician estructuras de oportunidad en las que ser decente resulta más difícil (o más costoso) que ser canalla. Por eso, contra las posiciones de partida de que las estrategias etnonacionalistas funcionan como juegos de suma cero, hay que señalar que a menudo no es el caso, y que un desenlace habitual es que todos resulten perdedores (salvo los elementos más inciviles, parapetados en el blindaje de la pertenencia).

El experimento yugoslavo ha servido también como una pedagogía negativa que en cierta manera ha venido a neutralizar las lecciones más valiosas de la experiencia del holocausto nazi. En su pormenorizado análisis de los diez días de julio de Srebrenica, Rhode (1997: 254) refiere una conversación entre un capitán serbio y un teniente del batallón holandés de UNPROFOR. «Me recordáis a los nazis», dice éste. «No me llames nazi, mi padre luchó con los partisanos contra los nazis», replica furioso el capitán. «Reacciona así porque es judío», media aquiescente un compañero del teniente holandés. A lo que remata el capitán serbio refiriéndose a las operaciones de deportación: «Entiendo su preocupación, pero no entiendo por qué está armando este alboroto. [...] estos no son judíos, son musulmanes». Esta conversación tenía lugar el 13 de julio de 1995. 15 años más tarde, uno podía leer en la sección de cartas (*El País*, 18/08/2010) un razonamiento de este tenor: «El modelo de Mandela no es aplicable aquí, pero sí lo son los modelos como los Balcanes y el de Chipre, donde tras horribles matanzas, consiguieron la paz separando a las poblaciones». Llevaba la firma del Embajador de Israel. Expresaba una filosofía que había propiciado el cambio de eje de referencia en la política israelí con una etnificación del espectro político que acabó configurando el denominado modelo Sharon, que a su vez sirvió de inspiración para los arquitectos de la guerra global contra el terror, ideógrafo de autodefinition identitaria de la tribu imperial.

El experimento yugoslavo nos proporciona la lección desalentadora de que los ídolos derribados pueden volver a levantarse. Y la correspondiente llamada al compromiso cívico porque nada de lo adquirido tiene garantizada su supervivencia si no se lucha por ello.

(Otros elementos de interés: el uso perverso de la historia, la creación de marcos cognitivos esencialistas de gran potencial destructivo como «los odios ancestrales»; la confluencia de la extrema derecha y la extrema izquierda representadas por las dos figuras de exmarxistas disidentes L. Tadic y M. Markovic, la seducción de cierta izquierda ante programas radicales con independencia de su contenido fascista, las consecuencias en términos de condiciones de vida para el conjunto de la población y, sobre todo, el olvido de las víctimas...). Termino excusando las eventuales simplificaciones y doy la bienvenida a las puntualizaciones o rectificaciones oportunas. Muchas gracias por su atención y por su paciencia.

Bibliografía

- Allain, M-F. et al. (eds.) (1997): *L'ex-Yougoslavie en Europe*, París y Montreal, L'Harmattan.
- Bar-Tal, D. (1993): «Patriotism as fundamental belief of group members», *Politics and the Individual* 3 (2), 45-66.
- y Staub E. (eds): (1997): *Patriotism in the Lives of Individuals and Nations*, Chicago, Nelson-Hall Pubs.
- Batakovic, D. et al. (1998): «A proposal», *Dialogue*, 7, (primavera), 120-130.
- Ben-Amos, A. (1997): «The Uses of the Past: Patriotism Between History and Memory», en D. Bar-Tal y E. Staub (eds.), 129-147.
- Besson, P. et al. (1996): *Avec les Serbes*, Lausanne, L'Age d'Homme.
- Bokovoy, M. K., Irvine, J. A. y Lilly, C. S. (eds.) (1997): *State-Society Relations in Yugoslavia, 1945-1992*, Scranton, Macmillan.
- Bozovic, R. (1994): «La raison humiliée», *Les Temps Modernes*, 576-578 (verano), 97-101.
- Brossat, A. (dir.) (1990, 1995): *A l'est la mémoire retrouvée*, París, La Découverte.
- Bunce, V. (1997): «The Yugoslav Experience in Comparative Perspective», en M.K. Bokovoy, J. A. Irvine y C. S. Lilly (eds.), 345-366.
- Caplan, R. y Feffer, J. (eds.) (1996): *Europe's New Nationalism. State and Minorities in Conflict*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press.
- Casquete, J. (2010). *En el nombre de Euskal Herria. La religión política del nacionalismo vasco radical*. Madrid: Tecnos, 2009.
- Cerovic, S. (1995): «Birth of a Nation», *Warreport* 31 (febrero).
- Cigar, N. (1995): *Genocide in Bosnia. The Policy of 'Ethnic Cleansing'*, Texas, Texas A&M.
- Cohen, S. (2001): *States of Denial. Knowing About Atrocities and Suffering*, Cambridge, Polity Press.
- Collon, M. (1995): *¡Ojo con los media!* Traducción y adaptación de Eva Sastre Forest, Guipúzcoa, Argitaletxe HIRU.

- (1999): *El juego de la mentira: Las grandes potencias, Yugoslavia, la OTAN y las próximas guerras*, Argitaletxe HIRU.
 - (2000a): *Monopoly, la OTAN a la conquista del mundo*, Argitaletxe HIRU.
 - (2000b): Presentación del último libro, conferencia impartida en Torrelavega (Cantabria) el 15/12/2000, organizada por Sindicato Unitario, Partido Comunista, Coordinadora del Kurdistán y *Resumen Latinoamericano*.
 - (2006): «Test – Medios: ¿Cuánto valía nuestra información sobre la fragmentación de Yugoslavia?». *Rebelión*, 13/03/2006. <<http://www.rebelion.org/noticia.php?id=28190>>.
 - (2006). «Milosevic y los medios: siete declaraciones incómodas» (Por qué van a seguir ocultándote esto). *Rebelión*, 14/03/2006. <<http://rebelion.org/noticia.php?id=28228>>.
 - (2010): «Eva, pienso en ti a menudo...», *Rebelión*, 20/05/2010. <<http://www.rebelion.org/noticia.php?id=106203>>.
- Connor, W. (1994): *Ethnonationalism. The Quest for Understanding*, Princeton, Princeton University Press.
- Dahrendorf, R. (1988): *The Modern Social Conflict*, Nueva York, Weidenfeld and Nicholson.
- De Luna, G. (2007): *El cadáver del enemigo. Violencia y muerte en la guerra contemporánea*, Madrid, 451.
- Denitch, B. (1995): *Nacionalismo y etnicidad. La trágica muerte de Yugoslavia*, México, Siglo XXI.
- Diamond, L. y Plattner, M. F. (eds.) (1994): *Nationalism, Ethnic Conflict and Democracy*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press.
- Djilas, M. (1987): «Le communisme aujourd'hui», *Lettre Internationale*, 15 (invierno), 76-77.
- Djukic, S. (1994): *Izmediu slave i anateme. Politicka biografija Slobodana Milosevica*, Belgrado, Filip Visnjic.
- Doder, D. y Branson, L. (1999): *Milosevic. Portrait of a Tyrant*, Nueva York, The Free Press.
- Draskovic, V. (1993): «Confrontation avec la vérité», *Manière de voir* 17 (febrero), 84-85.
- Feffer, J. (2009): «Why Yugoslavia Still Matters», *Foreign Policy in Focus*, April 19, 2009. <http://www.pfif.org/articles/why_Yugoslavia_still_matters>.
- Gagnon, V. (1996): *Ethnic Conflict as Demobilizer*, Institute for European Studies, Working Paper 96.1, 10 de mayo.
- Gamson William A. (1995): «Hiroshima, the Holocaust, and the Politics of Exclusion», *American Sociological Review*, 60, 1-20.
- Garde, P. (1992): *Vie et mort de la Yougoslavie*, París, Fayard.
- Glenny, M. (1990): *The Rebirth of History*, Harmondsworth, Penguin.
- (1992): *The Fall of Yugoslavia: The Third Balkan War*, Harmondsworth, Penguin.
- Glover, J. (1997): «Nations, Identity and Conflict», en R. MacKim y J. McMahan (eds.), *The Morality of Nationalism*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 11-31.
- González, C. (1996): «Turbulencias en las nuevas democracias», en González y Taibo (1996), pp. 43-87.

- (1997) «Las actitudes políticas en Europa del Este», en Castillo, P. del (comp.), pp. 84-114.
- y Taibo, C. (1996): *La transición política en la Europa del Este*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- Gow, J. (1992): *Legitimacy and the Military: The Yugoslav Crisis*, Nueva York, St. Martin's Press.
- Grmek, M, Gjidara, M. y Simac, N. (1993): *Le nettoyage ethnique. Documents historiques sur une idéologie serbe*, París, Fayard.
- Gresh, A. (dir.) (1993): *A l'Est les nationalismes contre la démocratie?*, Bruselas, Complexe.
- Hardin, R. (1997): *One for all. The Logic of Group Conflict*, Princeton, Princeton University Press.
- Hartmann, F. (2007): *Paix et Châtiment. Les guerres secrètes de la politique et de la justice internationales*, París, Flammarion.
- Hayden, R. M. (1996): «Imagined Communities and Real Victims: Self-Determination and Ethnic Cleansing in Yugoslavia», *American Ethnologist*, 23 (4): 783-801.
- Herman, E. S. (2009): «Serb Demonization as Propaganda Coup», *Foreign Policy in Focus*, March 19, 2009. <http://www.pfif.org/articles/serb_demonization_as_propaganda_coup>.
- Hobsbawn, E.H. (1993): «The New Threat to History», *The New York Review of Books*, 16/12/93, 62-64.
- Holbrooke, Richard (1999): *To End a War*. Nueva York, Random House
- Holmes, L. (1997): *Post-Communism. An Introduction*, Cambridge, Polity Press.
- Höpken, W. (1997): «History Education and Yugoslav (Dis-)Integration», en M.K. Bokovoy et al., 79-107.
- Ignatieff, M. (1995): «The politics of self-destruction», *The New York Review of Books* 2/11/95, 18.
- Ignatieff, M. (1997): *The Warrior's Honor. Ethnic War and the Modern Conscience*, Nueva York, Henry Holt.
- Jaksic, B. (1995): «La faillite des élites nationales. Petites guerres dans les Balkans», *Le Monde Diplomatique*, julio 1 y 4.
- Judah, T.(1998): «How Milosevic Hangs On», *The New York Review of Books*, 16/7/98, 44-47.
- Kadaré, I. (1998): «Who owns the battlefield?», *Index on Censorship* 27, (mayo-junio), 54-58.
- Kaldor, M. (1996): «Cosmopolitanism Versus Nationalism: The New Divide?», en R. Caplan y J. Feffer (eds.), 42-58.
- Kaplan, R. D. (1994): *Balkan Ghosts. A Journey Through History*, Nueva York, Vintage.
- Lampe, J. R. (1995): «Nationalism in Former Yugoslavia», en P. Latawski (ed.), *Contemporary Nationalism in East and Central Europe*, Londres, Macmillan, 143-164.
- Lévy, L. (1990): *Yougoslavie. La fédération menaçée*, París, La Documentation Française.
- Licht S. y Kaldor, M. (1992): «Nationalism and War, Civil Society and Peace», en Institute for War and Peace Reporting, *Breakdown: War and Reconstruction in Yugoslavia*, Londres, IWPR , 7-14.

- McKim R. y McMahan, J. (eds.) (1997): *The Morality of Nationalism*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press.
- Maestro, A. (2006): «La resistencia antiimperialista y las armas de manipulación masiva», *La Haine*, 03/09/2006. (www.lahaine.org).
- (2007): Entrevista de Antonio Maira. *Rebelión*, 06/05/2007. <<http://www.rebellion.org>>.
- Margalit, A. (2010). *On compromise and Rotten Compromises*, Princeton, Princeton University Press.
- Mastnak, T. (1996): «Fascist, Liberals and Anti-Nationalism», en Caplan y Feffer (eds.), 59-74.
- Matic, V. (1998): «Terms of estrangement», *Index on Censorship* 27, (julio-agosto), 16-18.
- Mestrovic, S.G. (ed.) (1996): *Genocide after Emotion. The Postemotional Balkan War*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Milosevic, S. (1990): *Les années décisives*, Lausanne y París, L'Age d'Homme.
- Mitrovic, M. (1994): «La vérité et le caprice», *Les Temps Modernes* 576-578 (verano), 110-114.
- Mueller, J (2000): «The Banality of 'Ethnic War'», *International Security*, 25 (1), 40-46.
- Nodia, G. (1992): «Nationalism and Democracy», *Journal of Democracy* 3, 4, octubre, pp. 3-22.
- (1996): «Nationalism and the Crisis of Liberalism», en Caplan y Feffer (eds.) (1996), pp. 101-119.
- Owen, D. (1995): *Balkan Odyssey*, Londres, Victor Gollancz.
- Palau, J. (1996): *El espejismo yugoslavo. Dedicado a los mohicanos del Danubio*. Prólogo de Johan Galtung, Barcelona, Ediciones del Bronce.
- Petersen, R. D. (2002): *Understanding Ethnic Violence. Fear, Hatred, and Resentment in Twentieth-Century Eastern Europe*. Nueva York, Cambridge University Press.
- Peterson, R. (1996): *Democratic Philosophy and the Politics of Knowledge*, Pennsylvania, Pennsylvania University Press.
- Popov, N. (1994): «Le populisme serbe», *Les temps modernes*, 574 (mayo), 51-60.
- Popovic, S. (2009): «The Nationalist Gene in the Democratic Party», *Radio B92*, 16/04/2009. (En <www.pescanit.net>, 14/02/2010).
- Potel J-Y. (1993): «Sous le communisme, le nationalisme», en A. Gresh (dir), 23-32.
- Poulton, J. (1993): *The Balkans. Minorities and States in Conflict*, Londres, Minority Rights Publications.
- Pusic, V. (1993): «La dictature à légitimité démocratique», *Cahiers Internationaux de Sociologie* XCV, 369-388.
- (1994): «Dictatorships with Democratic Legitimacy: Democracy versus Nations», *East European Politics and Societies* 8, (3), otoño, 383-401.
- Ramet, S.P. (1992): *Nationalism and Federalism in Yugoslavia 1962-1991*, Bloomington e Indianapolis, Indiana University Press.
- (1996): *Balkan Babel. The Disintegration of Yugoslavia from the Death of Tito to Ethnic War*, Boulder y Oxford, Westview Press.

- Rohde, D. (1997): *Endgame. The Betrayal and Fall of Srebrenica, Europe's Worst Massacre Since World War II*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux.
- Ronen, D. (1997): *The Challenge of Ethnic Conflict, Democracy and Self-Determination in Central Europe*, Londres y Portland, Frank Cass.
- Rupnik, J. (1988): *The Other Europe*, Londres, Weidenfeld and Nicholson.
- (1996): «The Reawakening of European Nationalism», *Social Research* 63, 1, primavera, pp. 41-76.
- Samary, C. (1993): «Yougoslavie: questions sur l'éclatement de la fédération», en A. Gresh (dir.), 57-76.
- (1994): *La déchirure yougoslave. Questions pour l'Europe*, París, L'Harmattan.
- Santos, J. (1992): «¿Por qué fracasó el plan económico de Markovic?», *Cuadernos del Este* 5, 31-42.
- Schöpflin, G. (1993): *Politics in Eastern Europe*, Oxford, Blackwell.
- (1998): «Yugoslavia and the West: Getting it Wrong», *Warreport* 58, (febrero-marzo), 18-19.
- Sekulic, D. (1997): «The creation and dissolution of the multinational state: the case of Yugoslavia», *Nations and Nationalism* 3, (julio), 165-179.
- Sell, L. (2002): *Slobodan Milosevic and the Destruction of Yugoslavia*, Durham, Duke University Press.
- Sells, M. A. (1996): *The Bridge Betrayed. Religion and Genocide in Bosnia*, Berkeley, University of California Press.
- Silber, L. y Little, A. (1996): *The Death of Yugoslavia*, Londres, Penguin-BBC.
- Souibes, C-F. (1993): «Mémoire officielle et mémoire officieuse de la guerre en ex-Yougoslavie. Le poids de la mémoire dans les rapports serbo-croates», *La Nouvelle Alternative* 23, diciembre, pp. 44-49.
- Taibo, C. (1996): *Izquierda Unida y sus mundos. Una visión crítica*, Madrid, La catarata.
- Taibo, C. (2000): *Ni OTAN, ni Milosevic: El balance de la izquierda después de Kosova*, Madrid, La catarata.
- Taibo, C. y Lechado, J.C. (1993): *Los conflictos yugoslavos. Una introducción*, Madrid, Fundamentos.
- Tamás, G.M. (1991): *Les idoles de la tribu. L'essence morale du sentiment national*, París, Arcantère Éditions.
- (1996): «Ethnarquia and Ethno-Anarquism», *Social Research* 63, (primavera), 147-190.
- Tassin, E. (1994): «Identités nationales et citoyenneté politique», *Esprit* 1, pp. 97-111.
- Tesanovic, J. (2007): *Processo agli Scorpioni. Genocidio di Srebrenica – Tribunale Speciale per i diritti umani – Belgrado*. Bologna, Women in Black-Donne in Nero di Bologna.
- Tindermans, L. et al. (1996): *Unfinished Peace. Report of the International Commission on the Balkans*, Washington/Plymouth, Apen Institute Berlin & Carnegie Endowment for International Peace.
- Tishov, V. (1997): «Post-Soviet Nationalism», en Caplan y Feffer (eds), 23-41.
- Tosic, D. (1992): «Les trois drames yougoslaves», *La Nouvelle Alternative* 25, (marzo), 55-59.

- Woodward, S. L. (1995): *Socialist Unemployment. The Political Economy of Yugoslavia*, Princeton, Princeton University Press.
- Zivotic, M. (1994): «Les dissidents et la guerre», *Les Temps Modernes*, 576-578 (verano), 75-79.